

INTIMIDADES TEATRALES

EL VERDADERO DÉBUT
DE SARA BERNHARDT ::

A los cinco años, de regreso de Bretaña, Sara Bernhardt habitaba con su nodriza un entresuelito fétido, obscuro, situado sobre una enorme puerta cochera de la calle Provence, en París.

La futura comedianta era á la sazón una chiquilla anémica, raquítica, cual consumida por la fuerza de sus cabellos, excesivamente frondosos y rizados, y sin otra belleza que la magnificencia de sus ojos azules. En aquel sórdido rincón, la pequeña Sara sufría mucho; á su alrededor, viejos muros rezumando humedad, habitaciones sin luz, tránsitos fríos y umbrosos.

—Yo quiero irme de aquí—decía la niña llorando;—yo no quiero vivir aquí. Esto es negro. Esto es feo. ¡Yo necesito ver el techo de la calle!..

Sarita, en su pintoresco y gráfico léxico infantil, llamaba al cielo «el techo de la calle».

Su nodriza la apodaba «Flor de Leche», remoque dulce y complicado á la manera oriental, que respondía bien á la expresión rara, un poco exótica, de la muchacha. La excelente mujer adoraba en ella y la decía:

—No llores, Flor de Leche. Pronto tu mamá vendrá á buscarte.

Una tarde se asomaron á la portería dos señoras elegantísimas, preguntando el precio de un cuarto que se alquilaba. En la más joven de aquellas damas, «Flor de Leche» reconoció á su tía Rosina, y fuera de sí, anegada en lágrimas de júbilo, abrazóse á sus piernas. Fué una coincidencia genuinamente novelesca, que pasmó y maravilló á todos. «Tía Rosina», bella como una estatua, sonreía indiferente y amable, un tanto preocupada, quizá, de que las manecitas de su sobrina la arrugasen la falda. Deseando marcharse, intentó consolar á la chiquela ofreciendo visitarla otro día, y dió dinero para que la comprasen golosinas. Ya se iba, cuando la pequeña Sara, que había subido al entresuelo llorando á moco y baba, tuvo un raptó de locura. Miró en torno suyo: los techos bajos, oscuros, sin aire; y fuera, la calle, soleada, alegre, llena de salud, y en ella á «Tía Rosina», que con su mano enguantada la decía adiós. Y Sarita trepó á la barandilla del balcón y se dejó ir de cabeza al vacío. De la acera la levantaron exámine, con el brazo derecho quebrado por dos partes y la rótula izquierda rota.

Este ademán de rebeldía, de fiereza, de acometividad ciega, de vehemencia suicida, pinta de un solo rasgo todo el perfil moral de Sara.

En la vida dilatadísima de esa mujer extraordinaria, lo más nimio, como lo más grande, obedece siempre á los agresivos fueros del impulso. Nada la intimida, nada la detiene; no conoce el miedo, ni la previsión, ni la fatiga, y su alma, enamorada del movimiento, parece derretirse en una perpetua sed de combates.

«Adoro el mar y la llanura—dice,—pero no las montañas ni los bosques. La montaña me aplasta. El bosque me ahoga. Necesito á todo trance un horizonte que se pierda de vista y un cielo á prueba de ensueños.»

¿Conocéis las *Memorias* de Sara Bernhardt?..

Es un volumen tamaño cuarto mayor, de cerca de seiscientas páginas, escritas, no obstante el violento carácter de su autora, con una diaphanidad de frase, una ecuanimidad, una limpidez de recuerdos y una suave ironía encantadoras. El libro interesa en seguida, fascina y se lee de un tirón. La gran trágica bosqueja sobriamente, con una brevedad que intensifica las emociones, su permanencia en el colegio de Mme. Fressard y en el convento de Grand-Champs, de donde salió á los catorce años; su ingreso en el Conservatorio, merced á una fábula que recitó magistralmente; su *début* en el Teatro de la Comedia; su disputa con Mme. Natalia, á quien abofeteó en una fiesta y á presencia de muchos comediantes de la Casa Molière; sus campañas en el Gimnasio, Ambigú y Odeón; su heroísmo durante el cerco de París, por los prusianos; sus viajes, sus caprichos, sus esculturas, sus lienzos, el lujo fastuoso y la extraordinaria boga de su vida... Y, á lo largo de tantos años febriles, ¡cuántos nombres ilustres, cuántas anécdotas: es la aparición de Coppeé, desconocido entonces; son los estrenos de *Ruy Blas* y de *Hernani*; son los dos Dumas; es la figura bella y ardiente de Jorge Sand, cuyos cabellos blancos se ofrecían á los ojos de Sara embellecidos por los versos de Musset; son Rossini, Napoleón III, Gambetta, cabezón y tripudo, pero admirable; Victoriano Sardou, Félix Faure, Rochefort, Girardin... Y también las figuras más preclaras de la escena francesa: Agar, Baretta, Samson, Provost, Régnier, Lafontaine... ¡Es todo el teatro, en fin, desde el autor de *La Dama de las Camelias* á Edmundo Rostand!

La lectura de este libro admirable deja la convicción de que Sara es una excéntrica, un espíritu irreductible, andariego, que envejeció asomado al horizonte de una divina locura.

Con noble franqueza, la artista descubre sus malas cualidades. Desde muy niña fué voluntariosa, tozuda, y sufría accesos de ira que la duraban varias horas. Una vez, en el convento, porque una Hermana, al peinarla, la tiró del pelo, se abalanzó sobre ella con la boca espumeante y las uñas en ristre;

fuera de sí, y no pudiendo hacer más, la mordía los pies; sus compañeras, aterradas, creyéndola presa del Mal Espíritu, se signaban y acudieron á rociarla con agua bendita.

También reconoce su extremada delgadez. Cuando, poco antes de entrar en el Conservatorio, habló con Auber, éste la recomendó no engordar. «La grasa—había dicho el autor de *Fray Diávolo*—es la implacable enemiga de la mujer y del artista.» El carácter de Sara Bernhard, la impetuosidad de sus deseos, la exaltación morbosa de sus nervios, la permitieron cumplir fielmente el consejo del maestro. Á los diez y seis años, al aparecer por primera vez sobre el escenario de la Comedia Francesa interpretando el papel de Ifigenia, el público se echó á reír al rodear ésta con sus brazos, demasiado delgados, el cuello de su padre Agamenón. Muchos años después, su figura se mantenía inmutable. Viéndola en *La señorita de Belle-Isle*, una espectadora exclamó: «Esta Sarita parece un hueso quemado.»

En la larguísima historia de esta mujer excepcional, hay una trepidación constante, una multiplicación de facetas misteriosas, una sed de ideal que la sacude y tan pronto la repara y aúpa, como abate su espíritu y lo puebla de sombras: ambiciones jubilosas, ideas de suicidio, presentimientos, voces abracadabras...

Hallándose en el convento, una compañera de Sara rompió una muñeca que la futura actriz estimaba muchísimo.

—Mala niña—exclamó Sara,—has roto la cabeza de mi muñeca. Le has hecho daño á mi padre...

Por su alma extraña acababa de cruzar, semejante á un ave maléfica, el miedo de un presentimiento. No quiso comer y á media noche despertó llorando:

—¡Papá ha muerto—gemía,—papá ha muerto!..

Nadie concedió importancia á esta pesadilla, ni era presumible que la rotura de una muñeca de porcelana envolvese una *jetatura*. Tres días después, Sara fué llamada al locutorio; la buscaba su madre.

—Hija mía, vengo á darte una pena: papá ha muerto.

La niña gritó:

—¡Ya lo sé..., ya lo sé!..

Y en sus ojos y en todo su pobre cuerpo convaleciente y mezquino, experimentó un tremor de epilepsia.

Este temperamento animoso, rebosante de energías caudales, bordea, sin embargo, con frecuencia, los abismos negros de la más absoluta desanimación, de la desanimación que lleva á la muerte.

Después del disgusto con Mme. Natalia, que la obligó á salir del Teatro Francés, entró en el Gimnasio. Á poco la repartieron un papel en la comedia *Un marido que lanza á su mujer*. Durante los

ensayos, Sara se aburría horriblemente, tanto que pensó renunciar al arte y dedicarse al comercio. Un viejo amigo de su familia, M. Meydiou, que era muy goloso, aprobó este proyecto, y juntos fueron á visitar una confitería que se traspasaba en el Boulevard de los Italianos; pero á Sara la desagradó el local, lo encontró obscuro, y sus propósitos comerciales finaron allí. Estrenóse la obra, y Sara, que trabajó sin gusto, pasó inadvertida; ni un rumor, ni un aplauso. Su madre la dijo, terminada la función:

—¡Pobre hija mía, qué ridícula estabas en tu papel de princesa rusa!..

Estas palabras desgarraron tan profundamente el corazón de la artista, que aquella misma noche determinó morir. ¡Sí; acabar de una vez era más cómodo, más bello, que prestarse á interpretar papeles estúpidos!.. Afortunadamente, el loco rumbo de sus ideas abonanzó. No se mataría, pero se expatriaría, quizá para siempre. El nombre de una nación maravillosa, de un país de leyenda, brotó en su memoria: España. ¿Cómo sería España?... Y, ya de madrugada, contó sus economías—ochocientos francos,—arregló su equipaje, escribió dos cartas, una para su madre y otra para Montigny, director del Gimnasio, y sin despedirse de nadie tomó el tren de Marsella, donde embarcó en un buque de vela. Diez días después sus pies aventureros pisaban el muelle de Alicante.

Lo que antes sorprende en esta excelentísima autobiografía es la memoria de su autora. Es imposible pedir á nadie una retentiva más completa ni una conciencia más avizora, ponderosa y aguda; y esta sólida concatenación de recuerdos, este fácil desdoblamiento de imágenes, dieron á su libro una prosa apacible, fría, á ratos ligeramente burlona. Sara no conoce el olvido; su fuerza de evocación asombra, y es increíble la tenacidad con que reverdece hasta los detalles más insignificantes: recuerda que la gran trágica Rachel estuvo de visita en el convento de Grand-Champs, que allí se sintió indispuesta, y que al marcharse, una educanda, por burla, la sacó la lengua; describe sus primeros trajes de adolescente, el aspecto de aquel grave «Consejo de familia» donde se decidió su porvenir, la figura grotesca del pobre Faille, director del Ambigú, balanceándose sobre las patas traseras de una silla durante los ensayos, una mano sobre el vientre y los dedos de la otra perdidos en las enormes ventanas de su nariz... En la memoria de la Bernhardt no hay lagunas: si describe una habitación, fija el sitio donde había un cuadro ó un espejo, y el color del diván. Esta gran luz reflexiva no vacila ni aun en los trances más arriesgados. Precisa con una serenidad de espectador un choque formidable de trenes, donde estuvo á punto de morir, y añade:

«Á mi alrededor había tres hombres inmóviles, de los cuales uno de ellos me pareció horriblemente pálido...»

Estudiando minuciosamente el carácter de Sara Bernhardt, sus inclinaciones místicas, que, de haber prevalecido, hubiesen hecho de ella una iluminada, su amor al convento, el odio que durante los primeros tiempos sintió hacia la vida de bastidores, y aquella facilidad con que en su exaltadísimo espíritu las emociones del arte y de la religión se mezclaban, declaro que el verdadero *début* de Sara no fué en el teatro de la Comedia Francesa, adonde la llevó, acaso prematuramente, una frase del Duque de Morny, sino en su convento de Grand-Champs; y no con la *Ifigenia*, de Racine, sino con una obrita, dividida en tres cuadros, titulada *Tobías recobrando la vista*, y escrita por la mano buena y candorosa de la Madre Teresa.

La reconstitución de aquellas escenas infantiles, donde Sara experimentó, quizá, el primer presentimiento de lo que había de ser, infunden al estilo de la insignie actriz nuevas ternuras.

El estreno debía verificarse el día de Santa Catalina, y á presencia del anciano monseñor de Sibour, arzobispo de París, que había ofrecido visitar el convento. Esta promesa alborotó y regocijó grandemente á la Comunidad. Abrevióse la duración de las clases, y religiosas y educandas aplicáronse á recibir al Prelado; desenfundaron y barnizaron el viejo sillón donde éste había de sentarse, tejieron guirnaldas de rosas, compusieron cadenetas policromas de papel, limpiaron de hierbas y de musgo los patios apacibles...

En la obra de la Madre Teresa figuraban seis personajes: el viejo Tobías, el joven Tobías, su madre, su hermana, Gabelus y el ángel Rafael. También intervenía el pez, cuyos hígados mágicos guardaban el secreto de la luz...

En el reparto de su comedia, la Madre Teresa no se acordó de Sara. La chiquilla, muy triste sin saber por qué, asistía á los ensayos. La Madre Superiora advirtió aquella pena y procuró aliviarla.

—Habíamos pensado en ti, hija mía; pero como te asustas tanto cuando te preguntan...

La pequeña tuvo un arranque de valentía.

—¡Ah!... Eso es cuando se trata de cuestiones de Aritmética ó de Historia— exclamó;— ahora no hubiese tenido miedo...

Desesperada de no poder tomar parte en la representación, rogó que la diesen el papel de «Pez». Las Madres rieron mucho. ¿Y qué iba á hacer disfrazada de pez?... Además, el papel de «pez» también estaba repartido; lo desempeñaba *César*, el perro del convento.

Dos días antes del estreno, en el curso de un ensayo, Luisa Buguet, la amigueta predilecta de Sara,

rompió á llorar amargamente. La chiquilla sabía su parte de memoria, pero no podía decirla, ni menos accionar; la vergüenza era para ella grillete y mordaza.

—Entonces— escribe Sara,— loca de orgullo, de alegría y de aplomo, y olvidando el dolor de mi compañera, salté al escenario, y en pie, delante del banco donde lloraba el ángel Rafael:—«Madre, Madre— grité,— yo conozco su papel. ¿Quiere usted que lo diga?»

—¡Si, sí!— contestaron voces infantiles desde todos los bancos.»

Luisa quiso vestirla allí mismo su traje, pero Sara tuvo un rasgo de actriz:

—«No— dijo,— prefiero ensayar según estoy.»

Su éxito fué completo, las Madres la abrazaron y quedó resuelto que el papel del ángel sería para ella.

Amaneció el día solemne. Monseñor llegó al convento á las once de la mañana y avanzó sonriente por la alfombra de terciopelo rojo que guiaba al sillón donde debía de sentarse. Toda la sala estaba profusamente adornada con flores de papel. Sentadas religiosas y educandas en los lugares que las fueron de antemano designados y restablecido el silencio, comenzó la fiesta. Primeramente, la hermana Serafina, la más joven de la Comunidad, leyó unas páginas de felicitación y acogimiento á monseñor; después una niña tocó el piano y otra cantó una tonadilla. Finalmente, representóse la obra de la Madre Teresa, que fué aplaudidísima. En todos los ojos había lágrimas. Monseñor de Sibour felicitó á las pequeñas actrices, y muy particularmente á Sara, quien se sintió tan emocionada, tan envanecida, tan feliz, que se echó á llorar. Su llanto tuvo la violencia de una congoja.

Poco tiempo después llegó al convento la noticia de que monseñor de Sibour había sido asesinado.

¡Asesinado!... «Esta palabra— dice Sara— me lastimó más que á nadie. ¿Acaso no fuí yo, durante un momento, la predilecta del dulce anciano?... Me parecía que Verger, el asesino, me había herido á mí también en mi agradecimiento hacia el Prelado, en aquella pequeña gloria que moría con él...»

Este fué, sin duda, el *début* de Sara, la inmortal. Durante aquel estreno un observador hubiese visto florecer en ella todos los sentimientos que caracterizan la psicología de la gente de teatro: el orgullo, el deseo de notoriedad, el aplomo y concertado dominio de sí mismo; y luego, la vanidad, que es fiebre y locura; la vanidad, que se sube á la cabeza como una ola de sangre; y el amor al aplauso, el culto al elogio, la exaltación furiosa de la personalidad, el terrible egotismo, que nos permite considerar cómo con el amigo que se va perdemos también un admirador.

Así empezó su carrera dramática Sara Bernhardt: esa mujer rostrilarga, de mento enérgico, de mejillas lívidas, de ojos grandes, azules y profundos, de cuerpo flaco, eternamente joven, cuya carne inque-

ta, fibrosa, vibrando perpetuamente, sólo fué, durante más de sesenta años, «el pretexto» para que triunfase un espíritu.

EDUARDO ZAMACOIS.

ACUARIUM CARNAVALESCO

— Ó UNA FIESTA ORIGINAL —

El gran baile de trajes
De Tecla Yecla,
La hermana del vizconde
De la Pamema,
Hubo de producirme
Tal extrañeza,
Que os quiero dar noticia
De dicha fiesta.
Soñando con disfraces
De formas nuevas
Había suplicado
La amable Tecla,
Que en su elegante casa,
Niñas y viejas,
Vestidas de pescados
Aparecieran.
En efecto, allí estaban
Las de Pampliega
Con sus trajes de anchoas,
Tan retrecheras;
Vestida de lenguado
Vi á Filomena,
Y eso que á deslenguada
No hay quien la pueda.
Doña Canuta Piscis,
La coronela,
Iba de pez-espada
Con vaina regia.
Copia exacta de un barbo
Del Urumea,
Hizo el papel de barba
Doña Ruperta.
Con prendas de su esposo,
Muy bien compuestas,
Vestida de besugo
Bailó Enriqueta.
Allí estaban con ropas
Algo ligeras,
Transcendiendo á marisco
Las de Monserga.

De sardinas arenques
Iban soberbias
Las de Delgado. Carmen
Iba de tenca.
De dentones, las hijas
De Pérez Muela.
Las de Angulo, de angulas.
De trucha, Elena.
Iba una dama ilustre
(De edad propecta)
Vestida de lubina
Con mayonesa,
Y otras, en fin, de atunes,
Y muchas de ellas,
Escamadas por dentro
Como por fuera.
Se bailó, pero en seco
(Cosa mal hecha
En un baile de peces
Como aquel era);
Porque de los salones
La amable dueña
Dijo que no era cosa
De *aguar* la fiesta,
Y para buena pasta...
La pasta de ella.
En lugar de refrescos,
Tuvo re... frescas;
Y al salir, á los hombres,
Ya en la escalera,
Les decía bajito
Con mala idea:
—Si ha surgido aquí alguna
Pasión violenta,
Tengan ustedes ojo
Y estén alerta,
Pues quien coma merluza
Que no esté buena
Llevará en el *pescado*
La penitencia.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

LA SENDA

SÓLO una noche, una bella, suave y corta noche de verano fué reina y esposa D.^a Juana de Castro, la de las bodas fugaces con D. Pedro de Castilla. Así María del Rosal hubo de ser también en su amor y su dolor.

Jamás nupcias algunas fueron tan esperadas y celebradas como las suyas con Pablo Espinosa. Jamás hubo tampoco otra tan desdichada unión. Ni más amor por parte de ella, ni más injurioso desdén por parte de él. Casáronse, y al otro día vióse María en la dolorosa condición de ser viuda de un esposo que vivía.

En vano le esperó el segundo día de la era matrimonial. Y así el otro y el otro y muchos más. Como las vírgenes prudentes, conservaba constantemente ardiendo la lámpara para esperar la llegada del esposo. Pero el esposo no llegó.

María no volvió á entrar en la nupcial estancia, que tenía para ella un doloroso aspecto de cenotafio. Allí, sobre una mesa junto al lecho, en una arquilla de sándalo y áloe, guardadas quedaron las joyas del día de la boda. En aquella caja perfumada, parecían ya las preesas ancestrales con que se adornaron las abuelas en sus días felices.

Encerrados en los armarios de maderas preciosas permanecieron los vestidos del equipo sin estrenar. Y tendido sobre el lecho, que de tálamo hubo de trocarse en potro de tormento, yacía el albo vestido de la desposada. La que, en vez de celebrar sus esponsales con la dicha, enlazóse con el dolor.

Vistióse de negro, como de luto por su felicidad,

muerta apenas nacida. Sin embargo, no faltábanla nuevas de su esposo. Amigas cariñosas acudían á acompañarla en sus soledades y á darla cuenta de las andanzas del infiel. Pablo abandonó al día siguiente de su boda la quieta ciudad donde pudo edificar, sobre tierra de paz, un alcázar de ventura, y marchóse á la corte, donde comenzó á dar

buen aire al caudal que sólo á medias le pertenecía. María recibía en silencio las noticias de los agravios continuados que se la hacían. No tenía valor para rogar á aquellas amigas, todas bondad, que no faltaban un solo día á decirle:

—¿Sabes que hemos tenido carta de mi cuñado? Dice que ha visto á Pablo en un teatro, muy bien acompañado. También le han visto en coche y tampoco solo.

Todos los días el correo de Madrid llegaba á Villaflores con alguna nueva de la vida cortesana de Pablo. Una tarde llegaron las amigas de María del Rosal con una novedad de efecto verdadero.

—¿Sabes... que está aquí?

—¿Cómo aquí?

—Sí. No estará en su casa, pero ha venido á Villaflores.

Pablo había ido, en efecto, á la ciudad donde cometía tan prolongado y nefando crimen en la persona y en el alma de la más inocente de las víctimas. En la menos

merecedora de vejación y crueldad.

Hero esperaba, antorcha en mano, desde una margen del Helesponto, el paso de Leandro. Dido avizoraba el Mediterráneo con el vano afán de la vuelta de Eneas. Y la desventurada Iseo escrutaba las aguas armónicas aguardando la llegada de Tristán. María del Rosal, tras la vidriera del balcón volado que extendía sus hierros panzudos sobre la vieja plaza solitaria de la ciudad vetusta, esperaba el paso de alguien que no pasaba nunca.



Era la plaza aquella un amplio lugar, que bien pudiera ser un patio monacal. Tales eran la paz, el sosiego, el recogimiento que reinaban en su ambiente. Su pavimento era de anchas losas ya desgastadas y oscurecidas por el tiempo. En casi todo el ámbito de la plaza, las piedras estaban vestidas de musgo, y entre las junturas lapidarias crecía á su albedrío el césped. Sólo formando una diagonal que rasgaba el cuadrilátero de la plaza, había como una franja señalada por una línea, en cuyo espacio la piedra estaba limpia de verdor. Era el lugar de tránsito que comunicaba la calle de los Herreros con el pasadizo del Condestable.

Las viejas referían, como una efemérides curiosa, que cierta vez, muchos años hacía, un jinete cruzó la plaza caracoleando en su corcel. Carruajes nunca hubieron de pasar por ella ofendiendo con su ruido los venerables muros de aquellos caserones. Sólo la casa de María del Rosal abría su portón á esa plaza, que con lamentable justicia denominábase de las Angustias. Dábala nombre el convento de monjas que frontero á la casa de María se alzaba. Los otros lados de la anchurosa plazuela eran la fachada de una casa de otra calle que abría allí sus ventanas posteriores y las altas tapias de un huerto. Eran unas tapias tapizadas de hiedra, y sobre ellas erguían sus copas frondosas y tupidas unos olmos añosos.

El convento de Nuestra Señora de las Angustias levantaba el más extenso de sus muros frente á la casa de María del Rosal. Era como una frontera del reino del misterio. Ventanas tenía el muro aquel pero cubiertas con unas tupidas celosías. Sólo en el silencio de la noche percibíase el único rumor de vida que del convento trascendía á la calle. El murmurio de los cánticos sagrados, que se perdía suavemente en el sigilo de la vieja plazuela, como el murmullo de un río se pierde poco á poco entre los ámbitos del valle.

Cuántas veces María hubo de envidiar la existencia de aquellas religiosas que consagraban al Señor su vida. Ellas inflamábanse en un gran amor para toda su vida, así precedera como inmortal, y consagrábanle á un dueño que las amaba siempre y no las traicionaría ni las abandonaría jamás.

Y, envidiando á las vírgenes monásticas, pasaba los días María del Rosal sentada junto á los cristales de su balcón. Pero Pablo no cruzaba jamás por la plaza de las Angustias.

Harto feliz debía ser, cuando este nombre le hacía tanto daño.

María, sin embargo, recibía continuamente noticias de su esposo. Sabía de él que continuaba en Villafiorida gastando y triunfando. Á más supo no sé qué de hipotecas y otras combinaciones financieras que sobre bienes de ella había verificado á

título de marido, que le daba derecho á la administración de los bienes matrimoniales. Y sobre tanto agravio, el mayor. Pablo había llegado á la ciudad en compañía de una mujer, y, con escándalo de todos, la paseaba en público y la lucía en los teatros. Un día supo la ultrajada esposa que Pablo había desaparecido nuevamente de Villafiorida.

María no pudo soportar por más tiempo la agobiante pesadumbre de aquella casa vetusta que la recordaba continuamente su dolor. Pablo no pasaría jamás por la plaza de las Angustias.

Y abandonó el balcón, y abandonó la vivienda ancestral que la abrumaba. En un arrabal, el suburbio más bello y florido de Villafiorida, estaba la quinta que debió haber servido para la estancia de María y de Pablo durante su luna de miel. Entrábase á la finca por una de las calles más apartadas de la ciudad, y daba á pleno campo. María hizo cerrar la puerta que comunicaba con la población, y no dejó más entrada que la que se abría al camino de la vega.

Y á partir de aquel día redujo sus visitas; y si alguna vez salía del recinto de su vasto jardín, nadie sino la piedad guiaba sus pasos. Eran muchos los pobres que vivían en aquel barrio extremo, y la visita de María del Rosal confortaba aquellos hogares miserables en sus necesidades del cuerpo y del espíritu, porque el socorro se acompañaba de tal gracia en el consuelo, que dejaba cautivadas las almas.

El Asilo cercano, donde aquellos á quienes fué negado el supremo don de la visión de la luz y admiración de lo creado, y aquellos otros á quienes la fatalidad en el nacer ó la crueldad del vivir cercenó miembros ó entorpeció sus facultades hallaban santo y cariñoso refugio, era otro de los lugares frecuentes para María del Rosal. Allí también llegaba siempre á punto el doble consuelo de su peculio y de su voz. Y entre los ciegos é impedidos del Asilo y los menesterosos de las viviendas del contorno distribuía su vida la mujer aquella que, á fuerza de dolorida, no tenía más amor que el dolor de su prójimo.

Así un año, y otro año, y otro, y muchos más. María del Rosal, tal era sin duda uno de los premios que recibía á su mucha bondad, no veía agostarse su matronil belleza. Con su arrogante figura de diosa antigua, caminaba por los campos llevando la bondad en el alma y en su rostro una sonrisa que, si en verdad amarga, no podía borrar la inefable dulzura de aquella faz serena. Así la de las heroínas y las mártires.

Una vez, llevaba ya muchos años de aquella vida tan ejemplar y noble, supo el desastre. Pablo, su esposo, había vuelto nuevamente á Villafiorida. Venía avejentado, destrozado, roto, como si hubiera naufragado en la vida y el océano del vivir arro-

jara sus despojos contra las rocas de la costa. Era lástima verle. Tornaba pobre y achacoso. Las enfermedades habían hecho presa en su carne. María no se atrevía á buscarle, no sólo por firmeza de dignidad, sino por el temor de ser recibida con un insulto más.

Cada día llegaba una nueva noticia hasta María de los horrores que padecía Pablo. Una mañana supo que vagaba sin albergue por las calles de la ciudad. Entre algunos amigos de otro tiempo ofre-

parecían de cristal al desgranarse en un ambiente tan diáfano. Solos se hallaron frente á frente María y Pablo. Él, al oír pasos cerca, se detuvo y esperó. Ella, con la más armoniosa voz que habló mujer alguna, interrogóle amable:

—Pobre ciego, ¿adónde vas?

—¿Eres mujer?—dijo á su vez el desgraciado.— ¿Eres mujer? ¡Maldita seas!

—¡Pobres de nosotras, y pobre de ti, que así hablas. ¿Sobre quién quieres cargar la culpa de tu



ciéronle todavía la caridad de un cobijo; pero la situación no era sostenible. Poco después supo la más enorme desventura. Un grito de Pablo había reunido en torno suyo á cuantas gentes pasaban por su lado. Su vista, ya muy debilitada, habíale abandonado en la más dolorosa tiniebla.

María del Rosal no esperó más. Salió de la quinta decidida á buscarle. Y como en una cita providencial, vióle venir solo y muy lentamente, golpeando el suelo con un bastón, buscando un camino, que María comprendió muy pronto: el del Asilo.

Era una tarde serena y silenciosa. Las palabras

dolor? ¿No habrá alguna mujer que te haya amado y sufrido por ti?

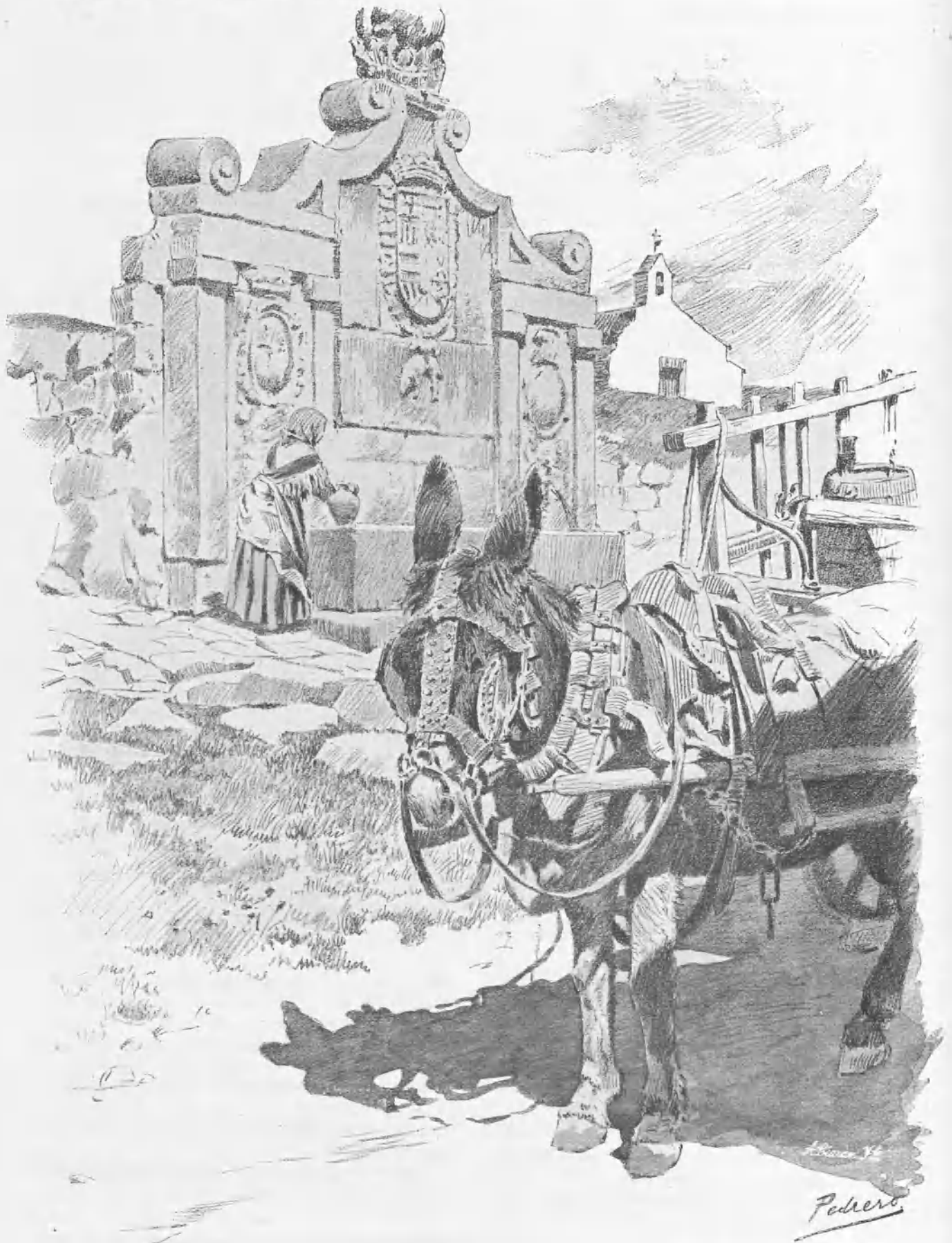
—No sé, ni quiero ya saberlo. Al Asilo voy, que es mi último refugio; mas dudo ante el camino. Dime, mujer, ¿cuál es mi senda?

Y entonces María del Rosal, poniendo las azucenas de sus manos sobre las manos temblorosas de Pablo Espinosa, díjole con acento que sonaba á milagro:

—¡La senda de mis brazos, que va á mi pecho! ¡Ven!

PEDRO DE RÉPIDE.

PAISAJES DE CASTILLA, por Pedrero.



ÁVILA

La Fuente del Pradillo.

DE PRISA Y CORRIENDO

—Dígame usted, don Hermógenes, ¿está bien que se diga en nuestros días la frase «en los tiempos que corremos»?

—Páreceme, mi apreciable vecino y colega, que la frase que usted me consulta pueda parecer anticuada. En mi concepto, desde los juegos olímpicos de la clásica Grecia, en que el deporte de la carrera comenzó á estar en boga, hasta la época de las carreras de caballos, bicicletas y automóviles, la frase podía estar muy en su punto; pero desde que se ha resuelto el problema de la aviación; me parece más propio decir: «en los tiempos que volamos».

—Observo por debajo de sus relucientes espejuelos que guiña usted los ojos con ironía, y en sus labios, de suyo circunspectos, noto una sonrisa casi volteriana.

—¡No he de guiñar y sonreír, hombre de Dios, si su pregunta me trae á las mientes el ansia de volar que sienten los humanos en todos los terrenos! Al siglo pasado (que en paz descansen) dimos en llamarle el siglo de las luces; y él, correspondiéndolo á nuestro apodo, tuvo variedad de luces en efecto: la pajuela, el quinqué, los fósforos, el gas, el petróleo y la luz eléctrica. Pues bien; al siglo presente creo yo que se le podrá apellidar el siglo de la prisa.

—Puede que tenga usted razón, ilustre vecino.

—¡Y cómo si la tengo! Antiguamente el ideal de la felicidad era la calma.

¡Qué descansada vida!

exclamaba en su canción nuestro maestro Fr. Luis, empleando sin duda este adjetivo por creer dichoso y placentero el descanso; pero hoy la Humanidad ha preferido seguir en la vida otra estrofa del mismo poeta:

Acude, acorre, vuela,
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano.

—¡*Time is money*, amigo don Hermógenes!

—Sí, señor; pero si estamos en la idea de que el tiempo es dinero, más lógico me parecería conservarlo que malgastarlo á escape.

—La vida es breve.

—Pues por eso, ¡canario! Pues por eso me parece desatinado apurarla tan de prisa. ¿No le ha ocurrido á usted en su mocedad estar fumando un cigarro y mirar con pena que se iba acabando y que no tenía usted más en la petaca?

—Vaya si me ha ocurrido; en el tiempo de las vacas flacas.

—¿Y qué hacía usted al ver lo poco que le que-

daba? Saborear con deleite las últimas chupadas por lo mismo que quedaban pocas: lo que en los clásicos términos estudiantiles se llama apurar la colilla. ¿Se le ocurría á usted chupar de prisa para que se acabase cuanto antes?

—No, señor.

—Claro que no. Todo lo que creemos que va á durarnos poco lo estimamos más y lo ahorramos, por decirlo así; pero el tiempo y la vida hemos dado en fumárnoslo de prisa, para que se acabe pronto.

—Hay un ansia instintiva por llegar á lo que apetecemos, que nos empuja, mi noble amigo.

—¿Para qué esas ansias, vecino de mi alma, si las dejamos en seguida sin disfrutarlas por conseguir otras cosas? Nuestros anhelos parecen cabalillos del Tío Vivo: juntos tras otros, corriendo siempre, sin alcanzarse jamás! Le soy á usted franco: cada vez que considero este vertiginoso vivir de las gentes, observo que perseguimos las cosas, más que por el placer que nos proporciona su posesión, por el afán de dejarlas cuanto antes.

—¿Cree usted eso?

—Sí, señor. Le encuentro á usted en la calle á las ocho de la noche, y apenas hemos hablado cuatro palabras se despide usted azorado, porque tiene usted que ir á su casa á comer. «¡Qué apetito tiene fulano!», pienso yo, y lo mismo pudiera creer su familia, por la impaciencia con que usted dice apenas penetra en su domicilio: «¿No comemos?» Pero no hay tal cosa. Se sorbe usted la sopa ardiendo, que no sé cómo no se abrasa usted la boca, y riñe usted á los criados dos ó tres veces durante la comida por su pesadez en servir los platos; apenas se entera usted de lo que come, mi amigo, y el café lo toma usted de pie y á soplo y sorbo, porque se le hace á usted tarde para ir al teatro. ¡Vaya! Ya está usted en la calle. ¡Qué contrariedad! ¡Qué mirar el reloj desesperado de que estos pícaros tranvías no pasan por delante de nosotros en el preciso momento en que los necesitamos. Al fin viene uno, y pocos minutos después está usted en el teatro.

Al verle en su butaca, cuando el telón se levanta, creo yo que estará usted ya contento; pero á muy poco me dice usted: «¡Qué exposición tan lenta la de esta comedia! ¡Estos autores se duermen en la suerte!» Y si yo le celebro tal ó cual escena, usted me replica displicente: «Sí, está muy bien hablado: pero... *pesa*; debían aligerarla.» Y no pasan diez minutos sin que me diga: «¡Este primer acto es eterno! ¡No se acaba nunca!» Por donde yo deduzco que lo que á usted más le interesa de las obras es que se acaben luego.

—Me parece que exagera usted, vecino.

—No exagero. No, señor. Nos encontramos en los pasillos en el segundo intermedio, y me dice

usted: «¡Qué entreactos! ¡Así se acaban las funciones á las tantas!» Y sale usted del teatro, y va usted á tomar chocolate al café, y se queja usted del mozo porque tarda en servirle, y más todavía, porque no viene pronto á cobrar, y le dedica usted al camarero una de palmadas, que aquello es una ovación. Sale usted, al fin, escapado, y llega á su casa á la una y media, y se acuesta y se duerme.

—Sí, señor.

—Pues, hombre de Dios, si todo lo que ha hecho usted es precipitar las cosas para que llegue ese momento, ¿por qué no ha empezado usted por acostarse á las nueve?

—No es eso.

—Sí es eso. ¡Si á nada de lo que ha hecho usted hasta llegar á esa finalidad le ha sacado ni pizca de gusto! ¡Si todo se lo ha sacrificado usted á ese momento!

—Pero si...

—No se moleste usted, que ya sé lo que va á decirme: que no se proponía usted esa finalidad; ¿no es eso?

—¡Claro!

—Ya lo sé; pero, sin proponérselo, eso es lo que le ha venido á usted á resultar. Tampoco nos proponemos nadie morirnos pronto, y el sistema de hacer la vida rápida y corta nos lleva volando á la muerte. «¿No ha visto usted esto ó lo otro?», solemos preguntar al que llega de la calle. Y es frecuente que el interpelado nos responda: «No me he dado cuenta; he venido muy de prisa.» Yo creo que en el día del juicio, cuando nos pregunten por algo de este bajo suelo, la mayoría de los mortales habremos de contestar: «No nos hemos dado cuenta. ¡Hemos vivido tan de prisa!»

—De modo que usted, mi señor don Hermógenes, es partidario de la calma.

—Yo soy partidario de la lógica, y la calma ó la prisa me parecen oportunas cuando vienen á cuento. Cuando me encuentro en una situación desagradable, tengo verdadera prisa por salir de ella; cuando me amenaza un peligro, siento la prisa de alejarme de él cuanto antes, y cuando después de algún trabajo me espera algo agradable, experimento también un vivo deseo de llegar pronto. Cuando me espera, al término de un viaje, una persona querida que ha de agasajarme, parece largo el camino, y abrevio todo lo que puedo la duración de la marcha; pero cuando me constara que al término de mi viaje me esperaba forzosamente la muerte, créame que iría todo lo más despacio posible y que aun me sentiría varias veces en el camino. Pues ¿qué otra cosa es esta vida, sino un viaje á cuyo final nos espera la parca?

—¿Y cree usted que la Humanidad no ha vivido siempre de prisa?

—Como ahora, no. Para todo creemos que se nos hace tarde, y dejamos todas las cosas á medio hacer, para empezar otras que dejaremos lo mismo. ¡Arcaduces de noria que cogen y suben el agua, para verterla y coger otra sin cesar!

—Está usted hoy demasiado severo con nuestra actividad.

—Pero, hombre de Dios, ¡si no dejamos en paz ni á las palabras, por la prisa que tenemos al pronunciarlas! ¡Nos estorban las dimensiones de los vocablos, y los damos un tajo que los hace trizas!

—Siempre ha habido abreviaturas.

—Porque siempre hubo prisa; pero generalmente se concretaban á los nombres de las mujeres, ya cortándoles la terminación, como á las Patrocinios, que se quedaban en *Patro*, y las Encarnaciones, que no pasaban de *Encarnas*; ya suprimiendo el principio y algo más, como en las Raimundas, que reducíamos á *Mundas*, quitándolas el *Rai*, y las Hermenegildas, á las que cercenábamos todo el *Hermene*. Esto sin contar aquellas otras contracciones arbitrarias y raras, por las que las Dolores eran *Lolas*, las Concepciones *Conchas* y las Gertrudis *Tulas*; pero ahora no se trata solamente de aligerar nombres propios, sino de todas clases. Ahora compramos *La Corres*, tomamos café en el *tupí*, nos divertimos en el *cine*, corremos en el *auto* y nos llevan á la *Delega* y á la *Comi* y nos meten en la *Preven*.

—Ha citado usted el *cine*: ¿le parece á usted que es cómodo decir cinematógrafo? Los neologismos científicos, sobre todo, no se pueden resistir de puro largos. ¿Recuerda usted cómo se llama, científicamente, la antipirina? *Dimetiloquinicina*, que parece cosa de juego de prendas.

—Si á eso fuéramos, hay una materia colorante para teñir de azul, que se llama *dimetiloparafeni-lenodiamina*; pero no tratamos de voces técnicas, porque la *Comisaría* y *La Correspondencia* no tienen nada que ver con la nomenclatura científica, ni son tan largas que nos falte el aliento para pronunciarlas, y, sin embargo, nos parece precioso decir la *Comi* y *La Corres*, como pudiéramos decir que oímos Misa en la *Parro*, nos casamos en la *Vica* y nos entierran en el *cemen*.

—De seguir por ese camino, resultarían cosas curiosas.

—Seguiremos, al paso que vamos y con la prisa que nos damos á tener prisa, y las palabras cambiarán al abreviarse hasta de naturaleza.

—Las habrá de vestir y calzar: la capacidad será la *capa*; el manganeso, *manga*; la botánica, *bota*.

—Las tendremos de comer: las potestades se convertirán en *potes*; la habanera, en *haba*; las carnestolendas, en *carnes*; la pasamanería, en *pasa*; la tartamudez, en *tarta*, y el pistoletazo, en *pisto*.

—Algunas ganarán en agudeza: la puntada será *punta*; la cortesanía, *corte*, y la filología, *filo*.

—Las habrá militares: la bombonera será *bombo*; la baladronada, *bala*, y el armatoste, *arma*.

—Para la sacarina diremos *saca*.

—Para el meteoro, *mete*.

—Para el arrepentimiento, *jarre!*

—El titiritero será *titi*; el monologuista, *mono*; lo patológico, *pato*. Y tendrá *pata* la Patagonia, y la colaboración, *cola*.

—Algunas voces ganarán en consideración, como la costanilla, que resultará *costa*.

—Pero otras perderán, como la cuadratura, que se quedará en la *cuadra*.

—Fuera del papagayo, que llegará á *papa*; lo demás perderá seguramente. Ya ve usted, toda mulata será *mula*, toda vizcaína *vizca*, toda malagueña *mala*. Mala suerte van á tener las mujeres.

—Pues ¿y los hombres? El boloñés será *bolo*, el tipógrafo, *tipo*; el memorialista, *memo*...

—Pero dejémonos de torear el idioma *al alimón*, y quede sentado que á mí esta costumbre me parece una *barba*...

—Y á mí una *maja*...

CARLOS LUIS DE CUENCA.



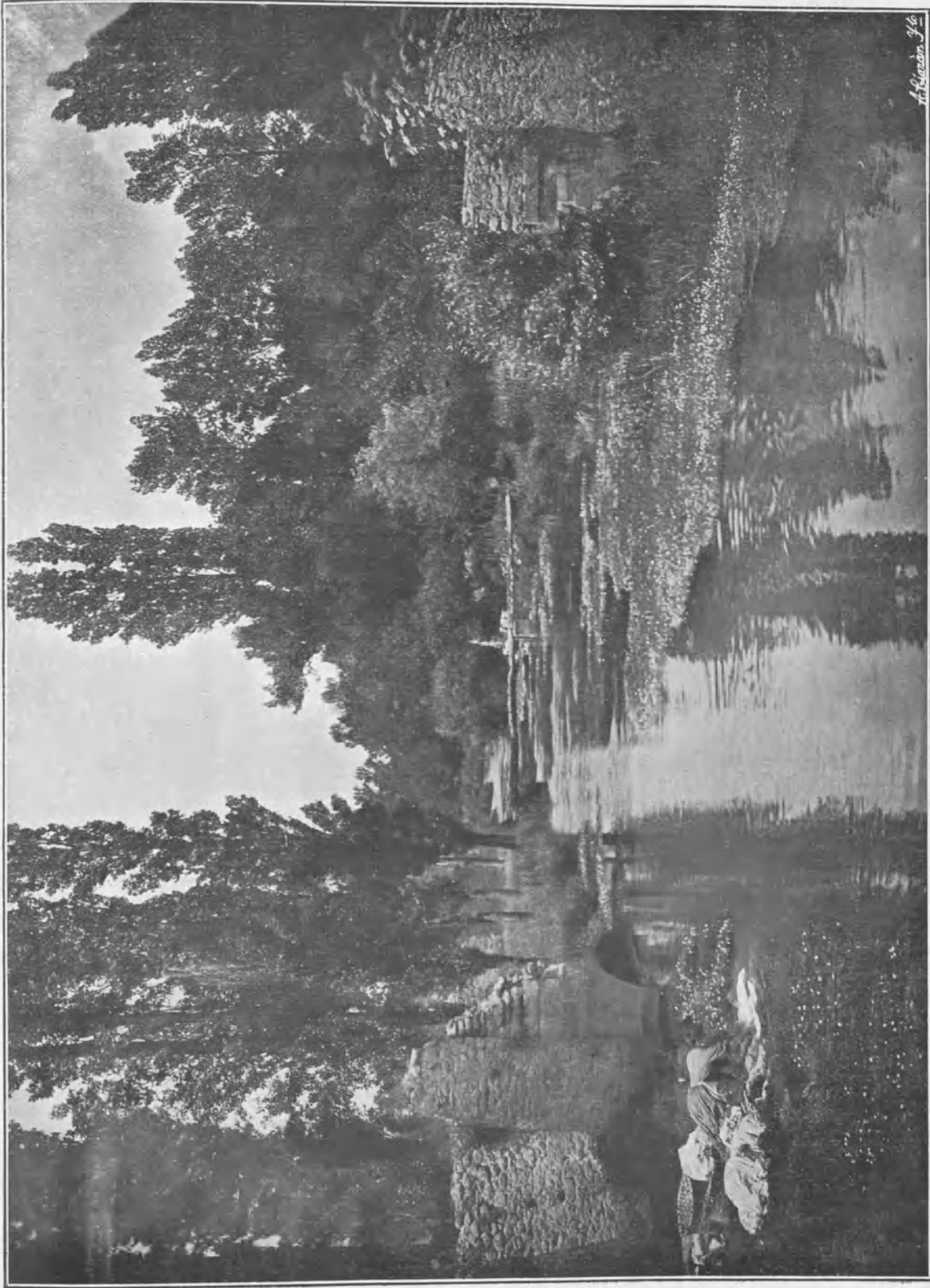
PAISAJE NEVADO

por J. G. de la Puente.



EN EL DIRECTORIO

Cuadro de Alonso Pérez.



A. García 3/6

EL EBRO EN REINOSA

por Julio G. de la Puente.



EL PAN NUESTRO

Á CASTILLA

I

Á los abrasadores
Rayos de un sol que esplendoroso brilla,
Va de los segadores
La exótica cuadrilla
Por las áureas llanuras de Castilla.

Como á los Reyes Magos,
Los condujo una estrella — la Esperanza, —
Y en los claros vagos
De la aurora que avanza
Ven un celeste albor de bienandanza.

Con la fe que el gallego
Pone en la lucha heroica de la siega,
Caminan bajo el fuego
Del astro rey, que anega
De luz los campos y los ojos ciega

II

Los fértiles trigales,
Constelados con sangre de amapolas —
Rubies y corales
De bermejas corolas, —
Parecen mares de agitadas olas.

Arrastran las hormigas
Á su hogar el tesoro de sus mayos;
Y las blondas espigas,
De Febo ante los rayos,
Languidecen en súbitos desmayos.

Un tapiz de rastrojos
Cubre los senos de la madre tierra,
Como yertos despojos
En que el afán se encierra
De una ardorosa y encendida guerra.

El ambiente es un horno
Donde todo se abrasa, funde y tuesta;
Y el cálido bochorno
Nos invita á la fiesta
Del eclógico ensueño de la siesta.

Y así, entre el grácil oro
Del trigo, las cigarras soñadoras
Riman su alegre coro
De alas imprevisoras
Que no miden el curso de las horas.

III

Por el campo, que esmaltan
Los cálices purpúreos de las flores,
Miles de insectos saltan —
Con pánicos terrores —
Al degollar la mies los segadores.

En el trigal fecundo
Cae, por la segur guillotinado,
El germen rubicundo
Sobre el hoyo trazado
Por la tajante reja del arado.

Las bélicas falanges
Atierran las espigas, al empuje
De sus corvos alfanjes;
El victimario ruge,
Y el seco grano al desprenderse cruje.

Con plañideras voces
Cantan sus *ataláes* las cuadrillas
Al compás de las hoces,
Y anudan en gavillas
La mies que cercenaron sus cuchillas.

Y el sol, desde la cumbre
De los cielos, preside la batalla;
Y al titilar su lumbré
Bajo el azul, estalla
Con el trágico son de la metralla.

IV

Cesa el combate... Luego
Van los truncados haces á la era;
Y agóstanse en el fuego
Del ejido, en que espera
Su llegada la yunta mañanera.

De sol á sol trabajan
Sin descanso los bieldos y rastrillos;
Y agudos resquebrajan
Las espigas, y rajan
Su corteza, los dientes de los trillos.

Los cedazos y cribas
Completan la labor, cerniendo el grano
Con sus danzas lascivas
Que miembran el profano
Rito de Ceres, diosa del verano.

Marcha desde las eras
El pan de los inviernos al molino;
Y cae en las tolveras,
Que se agitan sin tino,
Como en raudales del amor divino.

Y, al fin, cuece en el horno,
Que alienta enrojecido de alegría;
Y un vaho de bochorno,
Que luego el aire enfría,
Consagra nuestro pan de cada día.

V

Bendigamos el cielo
Donde el ardiente sol de España brilla;
Y ascienda hasta él, del suelo,
Esta oración sencilla:
«¡Guarde Dios el tesoro de Castilla!»

Cuidad de ese tesoro
Que en las entrañas pródidas se encierra
De las espigas de oro,
Para que — en paz y en guerra —
Germinen las semillas en la tierra.

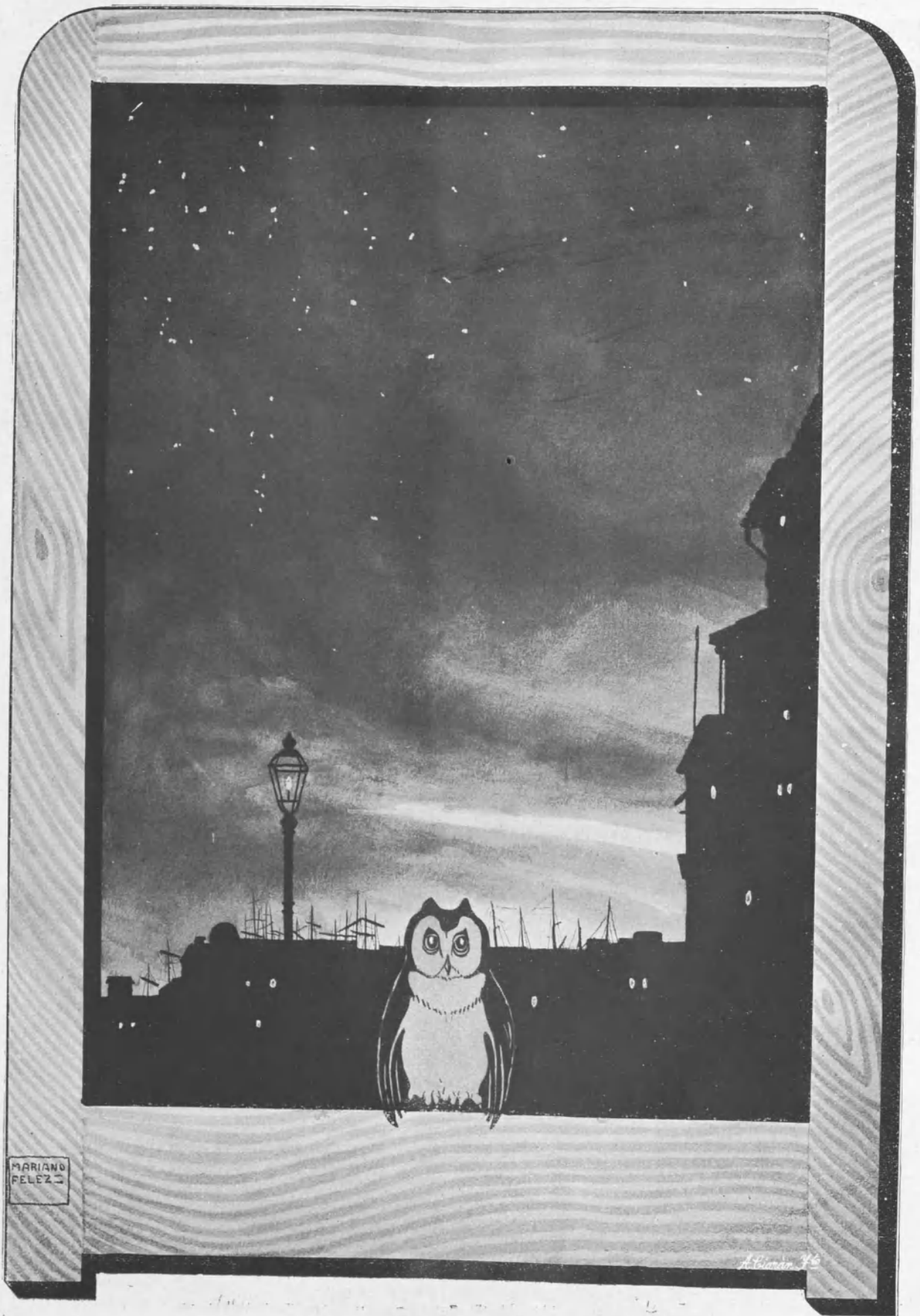
Vigilad el granero
Donde guardáis la miel de los trigales,
Para que el extranjero
No aumente nuestros males
Robándonos la caja de caudales.

Recordad, castellanos,
Que es de todos el pan de cada día;
Que es de vuestros hermanos
También; que es *todavía*
Nuestra madre común la Patria mía.

Mas si un día la guerra
Civil ensangrentara el verde suelo
De esta fecunda tierra,
¡Negad al fratricida hasta el consuelo
De comer ese pan, que es dón del cielo!

CARLOS MIRANDA.





== La noche.

EL AMA

TODAS las mañanas, al entrar en el *escritorio*, ya tenía Virgilio Ozores la correspondencia correctamente apilada sobre su pupitre, de tal manera, que la pila postal llegaba á parecerle siempre la misma, como si fuesen las mismas cartas del día anterior, puestas allí de nuevo. Y al ir abriendo sobres con la fina cuchilla de plata, aun le parecían más monótonamente repetidas siempre las mismas cartas breves, de seco estilo formulario.

Aquella mañana, en cuanto entró Virgilio en su *escritorio* vió que la carta cimera de la pila era diferente de todas las, hasta entonces, recibidas. Así le pareció, porque es lo cierto que un sobre ya nos predice del contenido. Demoró la lectura de esta primera carta para el final de la correspondencia, engolosinado con el saboreo agridulce de la sorpresa; y aun antes de abrirla, la revolvió entre sus dedos pulcrós, de hombre que se esmera y se repule.

Sobre el papel azul, los rasgos elegantes, pero angulosos, casi paloteados, revelaban mano femenina. Lo primero que Ozores buscó fué la firma; vió escrito con trazo señorial: *Catalina Norris*. Vertiginosamente, con cierta petulancia, revolvió en las memorias dulces y aborascadas de su juventud, ya un poco lejana: ningún recuerdo evocaba aquel nombre.

Leyó: «Señor mío: En busca de una casa campesina para acomodarme durante unos meses en soledad y silencio, he dado esta tarde con *Bettienea*, la residencia, tan señorial como abandonada, que tiene usted en el Bajo Pirineo. Los ariscos guardianes de ella sólo aciertan á darme el nombre y dirección del propietario, á quien, al parecer, ni de vista conocen. Yo espero de él el favor de más amplios informes, en el dudoso caso de que arrendara esta fosca morada. Si es así, diga usted precio y condiciones.»

Virgilio Ozores recorrió con lenta mirada su *escritorio* de rico naviero: las anaqueles de bruñida caoba, los sillones recios y hondos, de cuero rojo, la techumbre baja, artesonada y espejándose todo en el lustre del suelo enmaderado. Era una estancia que despertaba recuerdos de trasatlántico; hasta el aroma del maderaje y de los cueros tenía reminiscencias de camarote. De las paredes pendían, enmarcadas, cuatro grandes fotografías de cuatro poderosas naves hendiendo las olas: los mejores navíos de su flota. Pensó que aquella carta, escrita con tan garboso donaire, no debía ser contestada por mano de mecanógrafo; y proyectó la respuesta al mismo tono de desenvoltura, más un leve trasunto de galanteo.

Escribió con rapidez, como hombre diestro en sutilezas epistolares: «Señorita: Si halló usted tan desastrosamente abandonada mi finca de *Bettienea* sepa que la culpa no es mía, sino de usted, que hasta ahora no se le ha ocurrido ir á sacarla del abandono. Por motivos sentimentales, que usted respetará, no puedo arrendar esa vieja casona de mis abuelos, que yo venero, pero si á usted le agrada posar en ella, tengo el honor de ofrecerle su destartalo, su soledad y su silencio. Tres encantos á los que no pongo precio, porque aun están sin valorar en el mercado. Si conviene, con un telegrama basta.»

Catalina Norris recibió esta respuesta en su cuarto de hotel en Biarritz. Leyéndola, se abrió una imperceptible sonrisa en sus labios. Nadie hubiera podido traslucir la verdad de aquel gesto: algo había en él de burla, y algo de contrariedad y de abandono. Inconsciente, oreada por la brisa del mar frontero, miró el membrete de la carta, como si buscara en él la interpretación de la carta misma: un trasatlántico navegando con fanfarronería, y muy humoso, por un mar de oleaje inverosímil. Rastreó cierta armonía de jactancia, entre epístola y membrete, como si en éste entreviera un vago símbolo de su correspondencia.

Se levantó para coger un *bloc* de notas y el lapicero: «Imposible aceptar sin precio—escribió.—Cuatro meses á mil pesetas mensuales. Si conviene, con un telegrama basta.»

Pocas horas después, sentada en el balcón terraza de su cuarto, á la luz de la luna que plateaba la hermosa costa biarresa, Catalina leyó esta repuesta: «Acepto. Entregue mensualmente precio á las buenas Madres del *Orphelinat de Notre-Dame des Roches*.» Estas breves palabras corrigieron la interpretación del membrete, algo así como si al trasatlántico se le hubiesen apagado los fuegos, y ahora se deslizase no por un mar oleoso, sino por un lago. La carta transcendía á galanteo de rumbo, el telegrama, á cortesía de hombre cauto. «¿Qué hombre será éste?», pensó la de Norris. Pregunta semejante á la que se formuló Virgilio Ozores mientras redactaba la respuesta.

No por curiosidad caprichosa, con verdadera vehemencia inquisitiva, volvió el naviero á interrogarse á sí mismo acerca de aquella mujer, al recibir, pasados pocos días, esta carta:

«Señor de *Bettienea*: Como no tiene Vd. el gusto de conocerme, ignora que soy una inquilina un poco estrafalaria y bastante molesta. Lo primero, ya lo habrá Vd. visto; lo segundo, ya lo irá Vd. viendo. Al terminar los cuatro meses de nuestro *contrato*, estoy segura de que Vd., hartado de mí, me pone de patitas en mitad de la carretera. Pero como yo aquí he hallado la rumorosa soledad que

apetecía y necesitaba, me anticipo á evitar el desahucio, pidiendo prórroga del término por otros cuatro meses. Preveo que Vd., al ver mi apego á esta casona de sus señores antepasados, me considera, además de una mujer de muy mal gusto, bastante encaprichada para obligarme á doblar el precio del arrendamiento. Le ahorro el escozor de explotarme y la vergüenza de decírmelo; John, mi fiel mayordomo, entregará todos los meses á las caritativas Madres del *Orphelinat de Notre-Dame des Roches* dos mil pesetas.

Arreglada esta condición que Vd., desconsideradamente, había de imponerme, pasemos á la que yo impongo, que es ésta: autorización amplia y franca para reparar á cuenta de Vd. y gusto mío el destrialo de este palacote, por el que Vd. siente una veneración familiar y un desprecio escandaloso. Perdón por mi desgarró: de la veneración me habló Vd. en su carta; el desprecio lo adiviné por estos guardianes, que en veinte años de guardería no conocen ni de vista al amo.

Y todo aquí, desde la traza del parque hasta el menudo detalle del mobiliario, revela, en efecto, que han pasado por el mundo dos generaciones sin que un señor de *Bettienea* haya traspuesto el arco del portón.

Eso han ido perdiendo, y yo debo estar agradecida á la incuria que me proporciona el regalo de esta morada, en donde hasta los árboles tienen pátina de abandono secular. Me guardo bien de limpiarla: armoniza con el estado de mi alma, también empatinada por los años y los desastres. Deslizo estas melancólicas palabras para que Vd. entienda que se cartea con una dama de hermosa cabellera, toda blanca. Pero... ¡por Dios!, no me suba Vd. más el precio.

Las obras y reparos que necesito son mejoras de la finca; que para hacerla vividera es indispensable acompañarla á la vida moderna, porque le aseguro á Vd. que está todavía en pelucón y cascaca. Instalación de un cuarto de baño para mí, como Dios manda. Y de otro para el pulcro John, como Dios también lo manda. Transformar el cochecón lóbrego en *garage* claro y espacioso: está mi *chauffeur* que trina. Introducir la luz eléctrica: la línea de Valcarlos pasa á dos kilómetros. Cerrar con cristalerías la galería del Norte, que cae sobre el río... Ya, ya me hago cargo de que Vd. no sabe que hay una galería y que hay un río. Una hermosa vista; pero en cuanto asome el otoño, un puerto. Solar la terraza. Y, poco más: levantar lo que se cae, amparar lo que se derrumba. En cuanto al parque, mucha monda; y á su tiempo, larga poda.

La autorización ha de extenderse á otras pequeñeces que puedan ocurrírseme. De pintura, no hablo; cuatro artifices están ya en faena. Hago do-

minar un azul pálido, que, según la banderita del trasatlántico del membrete, debe ser el color de la casa. Y, casualmente, el mío.

Con cuyos retoques remozo este retiro, acrecentando su comodidad, sin que deje de ser venerable. Como que cuido con el mayor respeto de las vejeces que aquí yacen. Por ejemplo: hay una alcoba solemne, con un lecho tallado, imponente: me guardé bien de instalarme en ella; entro como en un santuario. Seguro que fué la de ellos, los antepasados. Á los relojes—¡qué hermosos ejemplares!—ni me atrevo á moverles las pesas; que sigan parados, marcando la hora lejana en que toda la vida de esta casa quedó parada. Hay unos pocillos de Sajonia que sólo por el regodeo de acariciarlos con mis labios me han dado la tentación de tomar chocolate todas las tardes, y luego pago la exquisitez del gusto; que, por no ponerlos en manos mercenarias y peligrosas, los friego con las mias propias, que logro conservar en la palidez mate que les dieron fama hace ¡ay!... veinte años. Manos, en verdad, dignas de manejar sajonias: último esplendor de esta ruina humana. En el oratorio sí que entré, armada de todas las armas limpiadoras, como sacristán en visperas de fiesta. Y ahora ya, limpio, reluciente, entro todos los días á encender la lámpara de plata, apagada indudablemente desde la misma hora en que se pararon los relojes. Enciendo y rezo. Rezo por los viejos señores de *Bettienea*, en este oratorio de ellos, en el que me parece que nadie rezó por ellos.

Bajo la firma señorial aun había esta postdata: «Escribo largo porque me sobra el tiempo, y porque las tristezas de mi vida me han hecho un poco escritora.»

Cuatro cartas de respuesta comenzó el naviero; ninguna iba á su gusto. En todas apuntaba una bochornosa cursilería. Y la mayor dificultad estaba en esta duda: su inquilina, ¿era una mujer joven, como su espíritu revelaba, ó era de verdad una dama encanecida? Aunque muy diestro en el trato femenino, no veía luz que esclareciese el enigma. Hasta llegó á planear la indagación por medio de los guardianes; pero repugnaba la tosquedad del procedimiento. El rastro más seguro era la vibración de juventud que delataban las cartas: lo otro era un disfraz, una sutil coquetería. Casi llegó á sentirse dolorido de que la moradora de *Bettienea* fuese una mujer joven, de hermosa cabellera negra, de manos pálidas, aristocráticas. Á Ozores pasáronle por la mente, como nubarrón negro, los recuerdos de sus mocedades, que desbordaban jovialidad aventurera; y ahora, en contraste, el deslizamiento de su vida monótona en el pueblo costero, sin otra ilusión que la de ver llegar y ver partir los trasatlánticos. Llegaron para Ozores horas de nostalgia, como si

de lo hondo de su alma se elevase un rebelde calor-cillo de juventud mal apagada, y bajo la influencia de esta pesadumbre trazó, al fin, la respuesta:

«Señora moradora de *Bettienea*: Repare Vd. como le plazca el menoscabo de mi casa. Feliz ella, cuya vejez puede ser reparada. ¡Y por qué manos! Manos á las que deseo otros veinte años de palidez y de fama, y que yo beso con toda la reverencia que corresponde á un caballero de cincuenta.

«Si Vd., tan ilusionada con remozar una vieja casona, sabe cómo remozar el alma vieja del amo, y me lo dice, estoy dispuesto á rebajar la mitad de la renta. Entretanto, me parece muy bien que entregue Vd. á las pobres Madres las dos mil mensuales. Ni una menos. Y vayan esas reparaciones á cuenta mía y gusto de Vd.; á cambio de que *el otro remozamiento*, si fuere posible, vaya por cuenta de Vd. y á gusto mío.»

Tuvo Catalina un vago sentimiento de despecho al leer esta respuesta: estaba claro que el naviero no había puesto en duda lo del blancor de su cabellera, y por eso, convencido de ello, se disfrazaba de cincuentón decrépito, lo cual era una mentira galante, pero, al fin, un poco deprimente. «El desinterés, algo romántico, del propietario de *Bettienea*—pensó la de Norris—no es flor que se produzca en la aridez cincuentenaria: es arrebato de mozo.» Y como á un hombre en plena juventud le siguió, de vez en vez, escribiendo. Y él, como á una mujer en plena juventud, contestando.

Carteo que llegó á ser como dulce coloquio de dos amigos lejanos, poseedores de un mismo concepto sutil y amable de la vida. Para ella las cartas de Ozores, y aun más que recibirlas, el contestarlas, era una divagación sentimental que matizaba sus soledades. Para él las cartas de la dama desconocida eran evocaciones de horas apasionadas. Para los dos se mantuvo incólume el grave misterio de la edad de cada uno: fué como un tácito convenio de coquetería. Pero en el fondo de los espíritus era doloroso temor, una angustia ante la franca revelación; y al mismo tiempo el deseo, un atormentado deseo de hallarse con la verdad cara á cara. Al principio, había en las cartas, incidentales y rápidas alusiones á la vejez ya acechadora; después callaron, convencidos los dos de que aquel carteo era encubridor de una mentira. Cada uno presentía la crueldad del embuste ajeno.

Pasaron así los meses del estío y del otoño; la correspondencia entre el naviero y la inquilina se hizo cada vez más frecuente y más impregnada de un sentimiento vago, sereno, como si cada uno se correspondiera, no con un desconocido, sino con un ser imaginario. Y llegó á ser como un vago misticismo el íntimo abandono de estas cartas. Apenas si hacían mención á cosas reales; sólo de tarde en

tarde ella se refería á la casona, que era, al parecer, más grande en la invernada; y él, á los trasatlánticos que iban y venían.

Una mañana, Virgilio Ozores recibió esta carta:

«Señor de *Bettienea*: Ha llegado el momento de *separarnos*. Extraña separación de dos seres que nunca han estado juntos... Que sea nuestra despedida como fué nuestro primer saludo, á través de unas líneas muy corteses y un poco desgarradas. Nada de emociones, señor de *Bettienea*; no rebusque Vd. un poco de temblor en los trazos de esta carta; tengo el pulso firme; tengo los ojos secos. Á la edad mía... á la edad *nuestra*, ni se tiembla ni se llora por episodios sentimentales. ¿No es verdad, amigo mío?

«Le dejo á Vd. la casa en un orden perfecto. Cojo la última brazada de rosas del otoño y las reparto equitativa entre Vd., que es su dueño, las Madres del *Orphelinat*, que tanto las agradecen, y yo, que me reservo un manojo, para llevarme conmigo el perfume de esta casa lo más lejos posible.

«Mañana encenderé por última vez la lámpara del oratorio. ¡Quisiera Dios que nunca se apagara! Mi recuerdo estoy segura que nunca ha de apagarse!

«Adiós, *viejo* señor de *Bettienea*; adiós, por última vez, mi *viejo* amigo.»

La documentación del trasatlántico que había de salir en la marea de la una, no fué revisada, como de costumbre, por Ozores. Al leer la carta, sintió la impresión de que en su vida se abría una sima. Desde el mismo *escritorio*, por teléfono, hizo venir con toda urgencia el automóvil, dispuesto á salir como una flecha para *Bettienea*. No fué acto reflexivo: procedía en vértigo de atolondrado.

Ya llevaba dos horas de marcha á través de carreteras vascongadas, cuando empezó á serenarse el espíritu. Y lo primero fué sentirse aturdido de su propio aturdimiento, é instantes después un impulso de hacer alto para medir con frialdad las posibles consecuencias de su viajata, sobre todo para sondear por última vez la duda, la punzante duda de la verdadera edad de Catalina Norris.

—¡Adelante, adelante!—exclamó con voz recia, cual si hubiera dado, en efecto, orden de parada. Y en la rapidez de la marcha, en el subir y el descender de agrias pendientes, iba viendo los valles hondos del país vasco: los caseríos, bajo la neblina de aquel día de invierno, pareciéndole nimbados por una aureola de paz rústica. Sentía que aquella suavidad se le pegaba al espíritu, tanto, que en ocasiones sorprendíase á sí mismo olvidado del fin de su viaje, complaciéndose nada más que en la contemplación apacible.

Pasaban por medio de villas, cuyas calles solitarias le dejaban una sensación de quietud y de reposo más benigno que los mismos campos. Á veces

un detalle nimio, sorprendido en la fugacidad, le producía una sacudida. Á veces pensaba: «¿Y si es una mujer en la primavera del vivir?»

—Mejor, mejor—se respondía, con enconada reciedumbre.—Mejor si es una joven; mejor cuanto más criatura: así no hay riesgo de novela, tal vez un poco drama. Así gozaré la espléndida serenidad de sentirme uno de esos graves caballeros que tutelan, que aconsejan, que amparan á una mujer interesante, inteligente.

Sacaba la carta y releía bamboleado por la marcha: «...á la edad *nuestra*..., las últimas rosas del otoño..., la luz que se apaga..., mi recuerdo... Adiós, viejo señor de *Bettienea*.»

Se enhilaron por una larga calle; el *chauffeur* hizo alto, y preguntó:

—Señor, ¿no come usted? Las tres de la tarde.

—Sí, hombre, sí; come cuando quieras.

.....

Á la última luz del día invernal, de nitidez cristalina, la de Norris, sentada á la vera de una lumbra-da, veía tras los cristales del balcón frontero las cumbres del Pirineo, donde las primeras nieves espejaban el azul profundo del crepúsculo. La sala estaba ya más esclarecida por la lumbré que por el cielo.

Una sirvienta entró á dar la llave de la luz. Catalina, tapándose los ojos con las manos, exclamó:

—Apaga.

Y volvió á quedar en el rojo claror intermitente. El aroma resinoso de los leños llenaba el espacio. Sobre las cimas ondulaba ahora una franja encendida, suavemente luminosa.

Oyóse lejana trepidación de un automóvil. Se acercaba. Paró. Catalina Norris tuvo un estremecimiento, una sacudida de todo su sér, y quedóse suspensa, paralizada, con zozobra de algo extraño, vagamente temido. En el silencio de angustia, los restallidos de la chabasca crepitaban como violentas desgarraduras. Abrióse la puerta de la sala; John, siempre sigiloso, acercóse paso á paso, y mesuradamente, con su vocecita tenue, dijo:

—El señor Ozores desea ver á la señora.

Catalina, al parecer recobrada de su turbulencia, contestó con sencillez:

—Que suba.

Salió el servidor; tras él la señora. Fué precipitadamente á zambullirse la cara en agua fría, á una rápida mirada al espejo.

John introdujo á Virgilio Ozores en la sala, y entonces fué Ozores el que contempló en una profunda inconsciencia la franja roja sobre las cumbres blancas.

Al aparecer de nuevo Catalina enmarcada en la puerta, la iluminó una violenta llamarada. Avanzó graciosamente, tendida la mano, abierto el rostro en

una sonrisa de suavidad casi infantil, y diciendo en tono de honda calma:

—Señor Ozores, siéntese usted y... míreme usted bien, que á eso ha venido. Mire usted mi pelo, blanco; mire usted mis manos... No; ahora no mire usted mis ojos, están imposibles; parece que es de llorar, y es de esta humareda... Para otro año, calefacción central, señor Ozores. ¡Ya estoy pidiendo!... ¿Me ha visto usted bien? Pues dígame usted ahora si yo engaño á nadie.

—Ni yo tampoco—respondió risueñamente el naviero.

—Confiese usted, señor de los trasatlánticos, que me creyó un poquito embustera.

—Confiese usted también...

—Lo confieso.

—¡Qué desencanto el suyo!—dijo Virgilio.

—¡Qué desilusión la suya!—respondió ella.

Y en la sala resonó, como un gorjeo, una doble risotada de regocijo cordial y sano. Y apenas se había extinguido, volvió á romper de nuevo, desbordante de alegría.

Tras la explosión de júbilo, vino un silencio largo, como de reposo placentero. Catalina tiró del cordón de una campanilla, al mismo tiempo que decía:

—¿Lo ve usted? Otra cosa que falta: tímbrés.

Presentóse John, sin avanzar ni una línea de la puerta.

—Acérquese usted—le dijo la señora.

Acercóse John correctamente.

—Un puesto en la mesa para el señor. John, el señor es el amo de la casa.

John hizo una admirable reverencia.

Era cerca de la media noche cuando volvió á trepidar el automóvil de Ozores, alejándose.

.....

Al apuntar la primavera siguiente, uno de los trasatlánticos de la naviera *Ozores y C.^{ta}* llevaba registrados en el rol del pasaje los nombres de Virgilio y de su esposa, Catalina Norris. Al zarpar la nave, la banderita azul gallardeaba en el tope del mástil.

La señora de Ozores, cogiendo de la mano á Virgilio, mostróle la flámula, diciendo:

—Como el membrete de tus cartas.

Y al apuntar el otoño, tibio y sereno, el automóvil de Catalina y Virgilio entraba por el parque señorial de *Bettienea*. El grave John esperaba con toda su gravedad á la puerta de la casa.

Descendieron los viajeros, y Ozores, dirigiéndose al mayordomo de su esposa, le dijo en aire y en tono de antigua reverencia:

—John, la señora es el ama de la casa.

FRANCISCO ACEBAL.

TORMENTA

Federo



Cruzan como demonios los relámpagos;
Junto á las madres, los chiquillos tiemblan;
Los ojos de los gatos, como ascuas
Brillan por los rincones; la tormenta
Descarga fuertemente sobre el patio;
Allá, en el corredor, luce una vela
Que ilumina á una imagen de la Virgen
De la Paloma; unos viejitos rezan:

«Santa Bárbara bendita
Que en el cielo estás escrita
Con papel y agua bendita,
En el ara de la Cruz.
Pater noster, amén, Jesús.»

La tarde es una tarde tormentosa,
Está relampagueando por la sierra;
Al señor Baltasar, el ebanista,
Le ronda *la reuma* por las piernas,
Síntoma, según dice, de que hay agua,
Aunque después lo que hay es *Valdepeñas*.

Anda el señor Crispín algo nervioso,
Y lo mismo le ocurre á su parienta,
Que, en cuanto escucha un trueno, ya se sabe,
Con la escoba al marido le da *leña*;
Es el señor Crispín, el zapatero,
Fuerte como el *chinchón* y la pimienta,
Mas el ruido del trueno le acobarda
Y la luz del relámpago le aterra.

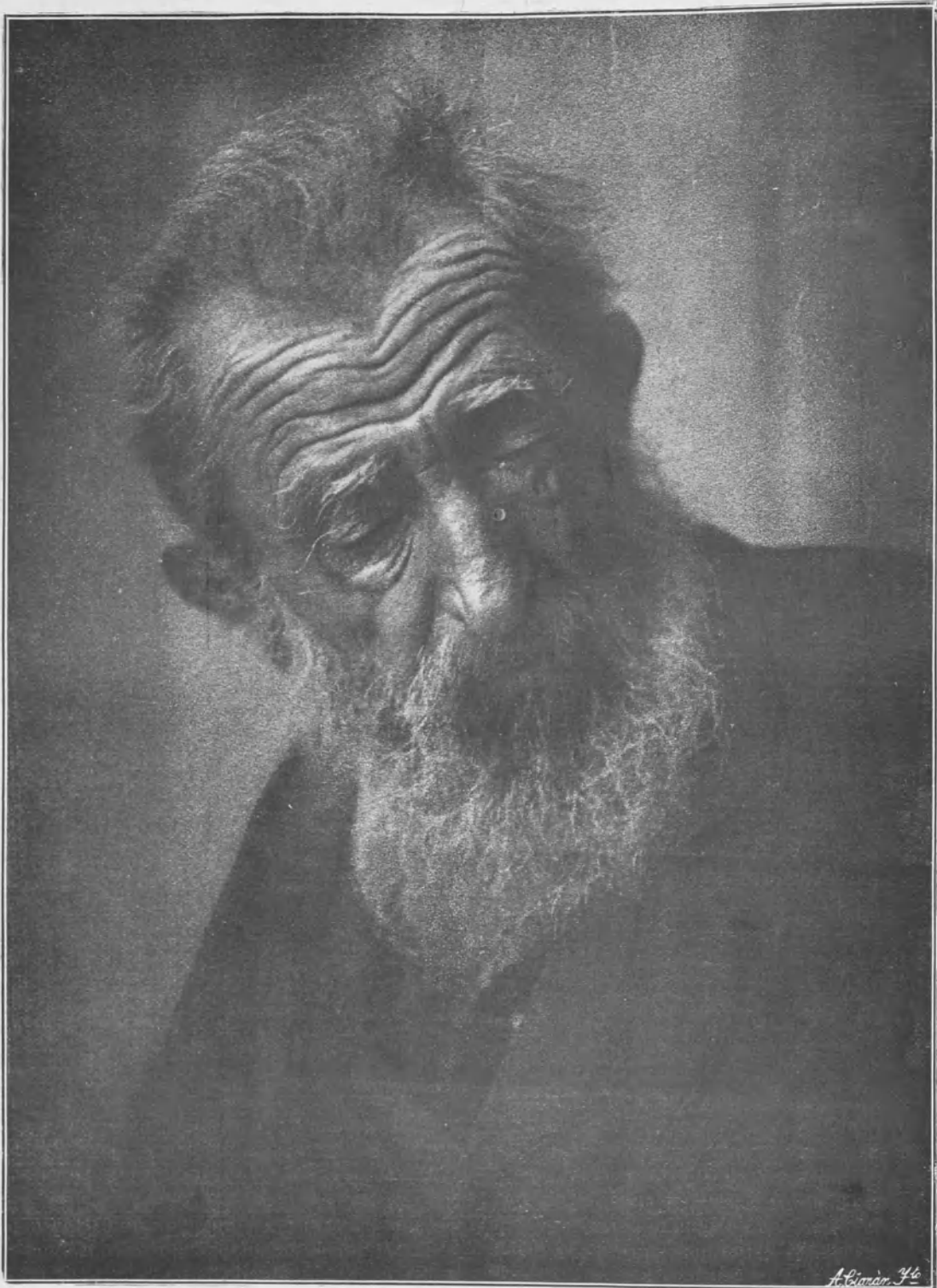
La tarde es una tarde tormentosa,
Está relampagueando por la sierra;
Unas vecinas cosen y otras lavan,
Un grupo de chismosas chismorrea;

Cosé el sastre; Crispín, el tachuelero,
Mira al espacio, suda, clava y tiembla.
«*La tempestá é vichina*», como él dice,
Y ya ve con la escoba á la parienta;
De pronto, se oye un trueno formidable;
Á poco, gritos y cerrar de puertas;
La ropa, que á secar puso la Siso,
Rápidamente quita de la cuerda;
La jaula del canario y los claveles
Libra del aguacero la Teresa;
La mujer de Crispín coge la escoba,
Refúgiase Crispín en la despensa;
Redobla en los cristales el pedrisco,
Sucédense los truenos con más fuerza,

Cesan ya los relámpagos y truenos,
Vuelve á reinar la calma en las viviendas,
Vuelve el sol á lucir sus esplendores;
Pura, que todo lo prevé, obsequia
Con tila y con azahar á las nerviosas
Que, con gusto, la tila saborean.

Sale el señor Crispín de su escondite,
Tira la escoba la señá Quiteria,
Vuelve á colgar la jaula del canario
Y á sacar sus claveles la Teresa;
Salen al corredor gatos y gatas;
Canta la codorniz de la Marcela;
Huele á tierra mojada; de muy lejos
Aun se escuchan los truenos que se alejan,
Y, para desquitarse de aquel susto,
Coge el señor Ruperto la vihuela,
Y recobra aquel patio la alegría
Á los sonos de alegres malagueñas;
Bailan tangos la Lola y el *Lunares*,
Unos chillan, los otros palmotean,
Y aparece don Lesmes, el casero,
Como nube que viene á aguar la fiesta,
Indignado y diciendo á voz en grito:
—¡Aquí ya no hay dinero ni hay vergüenza!
—Aquí lo que no hay— dice la Paca—
Es quien viva feliz sin dos pesetas;
Se va una nube y ha venido otra
Á nublarnos la paz de la existencia;
Está visto, señores, *pa* nosotros
No *s'acaba* en la vida la tormenta.

ANTONIO CASERO.



ESTUDIO DE LUZ

Fotografía de Carlos Íñigo.

EL ORGULLO DE MI VIDA

I

Yo siento un orgullo que surge vibrante
Del fondo del alma y asoma al semblante
Cual nimbo de gloria, cual rayo de sol.
Yo siento un orgullo que es himno ferviente
Y es cetro en la mano y es lauro en la frente:
¡Yo siento el orgullo de ser español!

Mi orgullo es de planta nacida en la cumbre,
De alondra que vuela con ansias de lumbre,
De chispa que ciñe la sien del volcán;
Yo siento el orgullo del trozo de acero
Que teme ser daga, y en yunque de armero
Se trueca en tizona de buen capitán.

Yo pude hallar Patria magnífica y bella
Tal vez donde Mayo perenne destella
Ó en tierras de fuego que nadie exploró;
Mas Dios, que del alma presiente el anhelo,
Mirando en España la copia del cielo,
Al darme una Patria, ¡la dicha me dió!

Yo admiro á mi Patria cual astro fulgente
Que muestra camino seguro de Oriente;
Yo admiro á mi Patria como un mar de luz,
Jordán en que el orbe recibe el bautismo,
Y vela sus armas, y aprende heroísmo
Ciñendo la espada, besando la Cruz.

Yo adoro á la Patria por siempre bendita;
Oyendo su nombre mi pecho palpita
Y enciende las venas con épico ardor;
Yo adoro al regazo sublime y fecundo
Que dió á veinte pueblos—un sueño hecho mundo—
Su historia, su sangre, su idioma y su amor.

II

Por grande la admiro, por buena la adoro;
Mi Patria es prodigio que guarda un tesoro
De santas leyendas, panales de miel;
Su amor es milagro de esencia divina
Que en rosa fragante transforma la espina
Y en campo de abrojos cosecha laurel.

¡Ninguna cual ella! Si en horas de angustia
Sintió la flaqueza de flor que se mustia,
Muy luego á sus hijos dió ejemplo viril;
Rasgando la sombra, luciendo cual rayo,
Trazando la gesta que inicia Pelayo
Y cierra con llantos el triste Boabdil.

¡Ninguna cual ella! ¡Cual ella ninguna!
Si envidia cobarde ó adversa fortuna
Borrarse los fastos que España trazó,

Truncada y deshecha del mundo la historia
Se hundiera en la noche perdida su gloria;
¡Si mueren los astros, el cielo acabó!

Por gloria del mundo, refulgen brillantes
Las glorias del pueblo que mira en Cervantes
Al padre sublime del Loco ideal;
Y es gloria del mundo, que el mundo venera,
El pueblo que pone su santa bandera
En manos de un loco, de un nauta inmortal.

Ni eterna es la dicha ni eterna la suerte;
Y si hay otra tierra más rica ó más fuerte,
¡No la hay más honrada, más llena de honor!
La fuerza es la garra que estruja, que mata;
El oro lo obtiene robando el pirata,
¡Y la honra es destello del Sumo Creador!

III

España es la grande, la santa, la augusta,
La siempre abnegada, la Madre vetusta
Que lleva en el alma sublime virtud;
España es sonrisa que brilla en la pena,
Es mártir con alma de nivea azucena
Que sube al Calvario por darnos salud.

Es grande entre todas, es grande entre grandes
Ganando victorias en Méjico y Flandes,
Volando invencible de un mar á otro mar;
Pero aun se acrisola su excelsa arrogancia
—Locura en Sagunto, delirio en Numancia—
Subiendo al cadalso que alzó Villalar.

Yo he visto en mis sueños, á orillas del Tajo,
Un yunque sonoro, blasón del trabajo,
Un yunque-suplicio, rosal de ilusión;
Y he visto al martillo rompiendo la escoria
Templar corazones forjando la Historia...
Y el yunque era rojo cual un corazón.

¡Y el yunque era España! ¡Mi Patria bendita!
La Patria admirable que reza y medita
Sin miedo á los golpes que la hacen sufrir,
Y aguanta los golpes con brava entereza,
Y yergue á los cielos su noble cabeza,
Y aguarda los tiempos que habrán de venir.

¿Vendrán?... Del mañana Dios tiene la llave.
¡Dios abra en lo ignoto camino á la nave!
Ya muestra la aurora su vivo arrebol.
.....
Si España en el polvo por siempre se hundiera
Por siempre en mi pecho su nombre viviera...
¡Yo siento el orgullo de ser español!

M. R. BLANCO-BELMONTE.



Pedrero

TORRIJOS

Patio de casa antigua.



ARTIMAÑA GITANESCA Y EL AVISADO CONSEJO Ó DAR CON LA HORMA DEL ZAPATO

(CUENTO ANDALUZ)

—¿Ze pué pazá, tío *Lepijo*?

—Vayan pazando.

—No, zi vengo yo zolo.

—¿Qué t' ocurre?

—¡Tío *Lepijo* 'e mi arma! Uzté ej mi única ejperansa; zi no ze l'ocurr' á 'zté argo güeno pa zalvame, eztoy perdío. ¡Qué láztima qu' er tío *Lepe*, zu padre, que zanta gloria haiga, no muj pueda ayuar, con aqué magín tan propisio que tenía pa remedialo tóo!

—¿Tan difisi ej er cazo?

—Mu difisi.

—Puj entonse jabrá qu' echá de meno, no zólo á mi probetico pare, zino á mi hijo qu' eztá zirviendo ar rey, y que zegún notisiaj muj va á dejá á tóoj en mantiyaj en punto á finesa 'e cacumen y á zaliaj 'e mérito.

—Eze ziento yo tamién que no 'zté aquí; y con er tío *Lepe*, *Lepijo* y zu hijo me reía yo der gitano 'e mi ejgrasia, y de...

—¡Ah! Pero ¿ze trata 'e gitanoj? Entonse ya podemos jechá la moyera en ezpírituj y en tlementina pa que zuerte bien er jugo; que zi yo zoy *Lepijo*, hijo de *Lepe*, elloj han tenío á Briján como maejtro y

haja creo que er listo Cardona era de loj de tijera en faja y zombbrero 'e catite.

—Azcuch' ozté que la coza ez urgente.

—Vamoj á vé.

—Ejta mañana mu temprano ejtábamoj yo y otroj amigoj á la 'ntrá 'er pueblo matando er guznillo ca el *Venterote* cuando yegaron un cañ con zu rumí y media osena 'e churumbelej.

—Habla claro y dí gachó, gachí y chaveaj.

—Déjem' ozté, que no 'ztoy pa finuraj. Elloj ze pararon bajo 'r parrá en compañía d' un burro lozano y relusiente, máj arto qu' ozté (y dizimúleme la comparanza) bien enjalmao, con jáquima 'e madroñoj y baticola bordá, que daba goso velo. Pidieron de comé y de bebé con mucho jorgorio; maj en yegando que yegó la hora 'e pagá, ze puzieron tooj mu trijtej; la mujé 'zcomenzó á yoriqueá y er mario acabó por confesá que no tenía un chavo pa 'r gajto. Uzté sabe qu' er *Venterote* no tiene fama 'e pasiensudo... ya pué ozté figuraze la que z' armó. Grasiaj á loj que estábamoj ayí n' hubo una perdisión. Ze vinieron á laj güenaj y er mar parroquiano dijo qu' ér ofresía cuanto ensima yevaban y que d' eyo ze cobrara er mezonero, jujtipresiendo en zana

ley por una parte lo que valía alguna de laj ricaj preseaj de zu pertenencia, y por otra parte, la mala basofia que lej habían zervio. Tengo que prevenile á 'zté que laj talej preseaj no eran zino de zimilor y oropé, y laj ropaj puro jarapoj y mugre añeja.

—¿Y er borrico tan hermoso?

—Ezo mezmio penzámoj tóoj. Era lo único que valia y á él s' agarró er der ventorro como un dezejperao. «¡Arto ayá, comparito!, le ijo er gitano. Yo bien quiero pagale y hajta mi avengo á vendé pa ello una prenda; pero no quedrá 'zté que l' entregue eza perla de borrico, que noj ejtá oyendo á trueque de cuatro jabichuelas mal cosiaj y dos rajpaj 'e bacalao. Zi arguien conoz' ozté que me compre er poyino, jágaze 'r trato norabuena y de lo que por er tome le pagaré luego, sin echá en orvfo ju corretaje.» «No te fartarán pretejtoj pa no jasé trato.» «No ej azina, que vendé quiero el ajno pa no morinoj de jambre yo y los mfoj, y dá tregua jajta que Dioj mejore zuj horaj. Y barato lo tendré que dejá, ajogao como me encuentro. En media onsa lo doy agora mejmo zi arguno de loj prezen-tej lo toma.» En tal punto, ze levantó la gitana dando grandej vosej, poniendo á zu marío com' un guiñapo, iciéndole que «si trebajara como Dioj manda no llegaran ar transe 'e tené que marvendé aquella fló de plimavera, aquer ezpejito 'e plata, miel de cormena, regalo de las nalgas, invidia de caminantes y orguyo 'e su jinete». Con ejto ze tiraba 'e los peloj, lloraban loj macacoj abrazaoj ar borrico, y tan fiero era er cuadro, qu' er *ventero* acabó por apiadaze y perdonale er débito. «Ezo no conzentraré yo, zino quedá como un cabayero, y azina, zi arguno d' uztéj entiende 'e beztiaj y quiere jasé trato...» La mardita cubisia m' atentó; yo lo vide entre la 'spáa y la paré y me jise cuenta de comprá por una mizeria un animá tan alabao y quería que valia esnúo cuarenta napoleones, contri máj enjaesao como 'ztaba. «¡Yo lo compro!» «Uzté no ha comío entoavía laj roscaj que jazen farta pa entendé 'e ganao; yo quiero tratá con conoseor fino que no me venga endimpuéj con arrepentioj ni dejdesirej.» Le rejpondí que yo no nesezitaba lisionej de naiden, y que güeno ú malo er trato que se jisiera, jecho queaba y él ziguió erre que erre con que no quería vendeme el azno, y tomando á tóoj por testigoj de que zí lo jasía era po mi gran empeño y ajincando bien en que yo asetaba el mercao en firme y zin güerta atrá. Dijo máj (bruto de mí que náa me malisié): «Á mi er burro no me zirve, ni azté tampoco le va á zervi.» «¿Ez que tiene mala monta?» «¡Qué ha de tené zi ej un coche corgaol!» En fin que le dí loj ocho duroj y me yevé er burro der ronzá.

—¿Y en qué 'ztá tu mal entonse?

—Puj en que al regorvé la calle me zubí en él y

rezurtó que la «invidia é caminantej», como le llamaba la gitana, no quería dá un pazo, y á juersa 'e taloneo arrancó una correndiya derecho al pretil der río que no zé cómo no calmoj de cabeza. Y aluego jué á dá contra una tapia, y aluego... aluego m' ha dicho el arbéita ¡qu' el «ezpejito 'e plata» está siegol!

—¡Anda con Dioj!

—¿Qué jago yo agora con un animá que no pué andar?

—¡Por ezo desia zu amo qu' era un coche *corgaol*! ¡Y tan *corgaol*!

—No jui de zeguia á vé ar gitano porque prezmia que z' había largao; se lo conté ar corregidó pa que lo mandara prendé; pero á lo que paese no pué sé, po la forma en qu' er trato ha zío jecho y loj testigoj que hay... Lo que más rabia me dá ej qu' er mu zinvergüensa no z' ha 'zcapao ziquiera. M' han dicho que zigue mu tranquilo en er ventorro con toa la familiota, jinchádoze á cojta mía.

—¡Ez raro que no z' haiga díol!

—Y lo que voy á jasé ej bujcalo á vé zi quié tomá zu burro y degorverme ar meno la metá 'er dinero.

—No quedrá..., aunque... tal vé zí..., porque azina...

—¡Jabl' ozté resio, que yo m' entere!

—Aguarda un poco...

—Pienz' ozté, pienz' ozté, por zu zalusita, tío *Le-pijo*. Qu' he metio en ezte berengená tóo lo ajorrao en año y medio.

—Güeno; ya 'ztá.

—¿Qué hay que jasé?

—Náa: ezperá en tu caza ar gitano, que no tardará en dí á buzcate...

—¿Á mí?

—Y á pedite 'e roillas que dejcambiej.

—¿Qué 'ztá 'zté iciendo?

—Y á dáte dinero ensima, con tá de que le rezpondaj lo que te voy á desir.

* * *

—¡Ave Maria!

—¡Zin pecao! ¡Adelante!

—Á la paj 'e Dioj. ¡Hombre, ar fin ze le vé á 'zté 'r pelo! ¡Dend 'ezta mañana lo 'ztoy á 'zté bujcando, compare!

—¡Á mí! ¿Pa qué?

—Velay..., náa maj que pa zabé zi 'ztá 'zté contento con la compra.

—¿Por qué no?

—¿No ha notao 'zté náa?

—Náa 'e particulá.

—Pero... ¿ha probao 'zté er burro?

—Trebajando 'ztá.

—¿Y en qué, zi ze pué zabé?

—En una noria.

—¡Arma mía! ¡En lo único que podía jasé argo 'e provecho!... ¡Vaya! Pa que lo zepa 'zté: er borrico eztá siego y ozté maj siego entoavía. Y he venio por ezo; porque ezta mañana he jecho con ozté una mala partía, y manque yo no zea cazteyano, tamién tengo mi consensia y he eztao con un regomeyo... azina..., jasta que ije voy á dezengañá á eze probe hombre y á degorvele zu dinero.

—Poj muchaj grasiaj, pero ya zab 'ozté en lo que queamos: er trato ej trato y no hay qu' arrepentize.

—Entonsej ze va 'zté á queá con una bejtía inúti.

—Á mí me zirve.

—... ¡Güeno! Ha llegao er momento de icir la verdá, y aquí me tien' ozté de roillas pidiéndole por la Vinge que me d' ozté mi burro, que yo l' entregaré zu media onza, y maj, si jase farta.

—Me va 'zté á ejplicá antej pa qué qui' uzté conservá eze animalito con tanto empeño.

—Mizté: zi n' hubiera 'zté tenio eza mardita noria, ¿qu' habría pasao? Qu' ozté mezmo juera venio á bujcame con quejaj y lamentoj pa descambiá; yo me jisiera rogá, y ar fin, pa arreglanos lo mejó posible, ozté m' hubieze entregao la beztia y yo le degorviera la metá 'e zu importe, perdiendo 'zté la otra metá por er dezdicho. ¿Ez mentira? Á mí me queaban cuatro napoleones; mañana, en otro pueblo, jasía la mezma faena, porque nunca farta quien, creyendo qu' eztoy con er agua ar cueyo, ze figure que me va á engañá, y... eza ej mi vía. Agora zi ozté no tiene compazió de ezte padre é familia...

—¿Y no l' ha ocurrió nunca lo que hoy conmigo?

—Nunca, en más d' un año que topé con eze borrico, qu' ez un Potozí. ¿Uzté cree que tóo er mundo tiene noria?

—Yo no tengo noria denguna. Lo que he jecho y dicho ha zio por conzejo d' un zabio que tenemoj

aquí, que ze yama er tío *Lepijo*. Vamoj á vé lo qu' él rezuerve. El pollino eztá en zu caza.

* * *

—¿Queréij zabé lo que yo rezuervo? Poj que yo compro er burro pa cuidálo y pa que ze muera de viejo en mi huerta sin jasé náa, y doy por él la media onsa en que zu amo lo jujtipresió.

—¡Ez que zi zana vale mil rialej!

—Si no vuz conviene vuz dejo en er mezmo punto en que eztábaj der pleito, y loj doj perderéij maj.

—Ziga 'zté, zeñó *Papelijo*.

—*Lepijo* me llaman. Á ti, compraor, por tu cubicia y mala fe, queriendo aprovecháte del atoyaero en que te figurabaj que este hombre estaba metío, te eztá bien perdé á medias lo qu' has dao, como eztabaj desidío á perdélo. Aquí tienes cuatro duros, ú zea la metá de lo que yo doy. Á ti, vendeor, por tu malisia y malaj artej, te correjpondía perder tóo, pero no quiero que te vayaj ezmamparao, y zi que tengaj argunoj poziblej pa mejó valéte zi quierez cambiá de vía. Aquí eztán loj otroj cuatro duroj, que con loj ocho qu' ezte te dió, jasen dose, y er probe animá eztá máj que pagao. ¿Eztáis conformej?

—Yo lo 'ztoy, aunque me cuejte ochenta riales la lisió.

—Y yo tamién, manque zólo zea por habé conosió á un hombre tan ejpabilao y tan cabá como er zeñó *Pelijo*...

—¡*Lepijo*, *Lepijo*!... Y á ver zi t' acoztumbraj á trebajá y á enzeñá á tuz hijoj á que ze ganen er pan honramente.

—Zi, zeñor, ze lo prometo..., y... ademáj le juro no gorrvé en mi vía por ezte pueblo..., ¡por zi acazo!

JOSÉ SÁNCHEZ GERONA.





PRIMAVERA

La sien orlada de vistosas flores,
Ceñido el talle de gentiles galas,
Eres la juventud: como ella exhalas
Aromas del pensil de los amores.

Te iluminan del sol los resplandores;
Te acarician del céfiro las alas,
Y con los dulces ecos te regalas
De los himnos que entonan tus cantores.

Eres la juventud... Rendido y tierno,
Un himno alza también mi voz severa,
No al viejo, sino al joven... ¡Lauro eterno

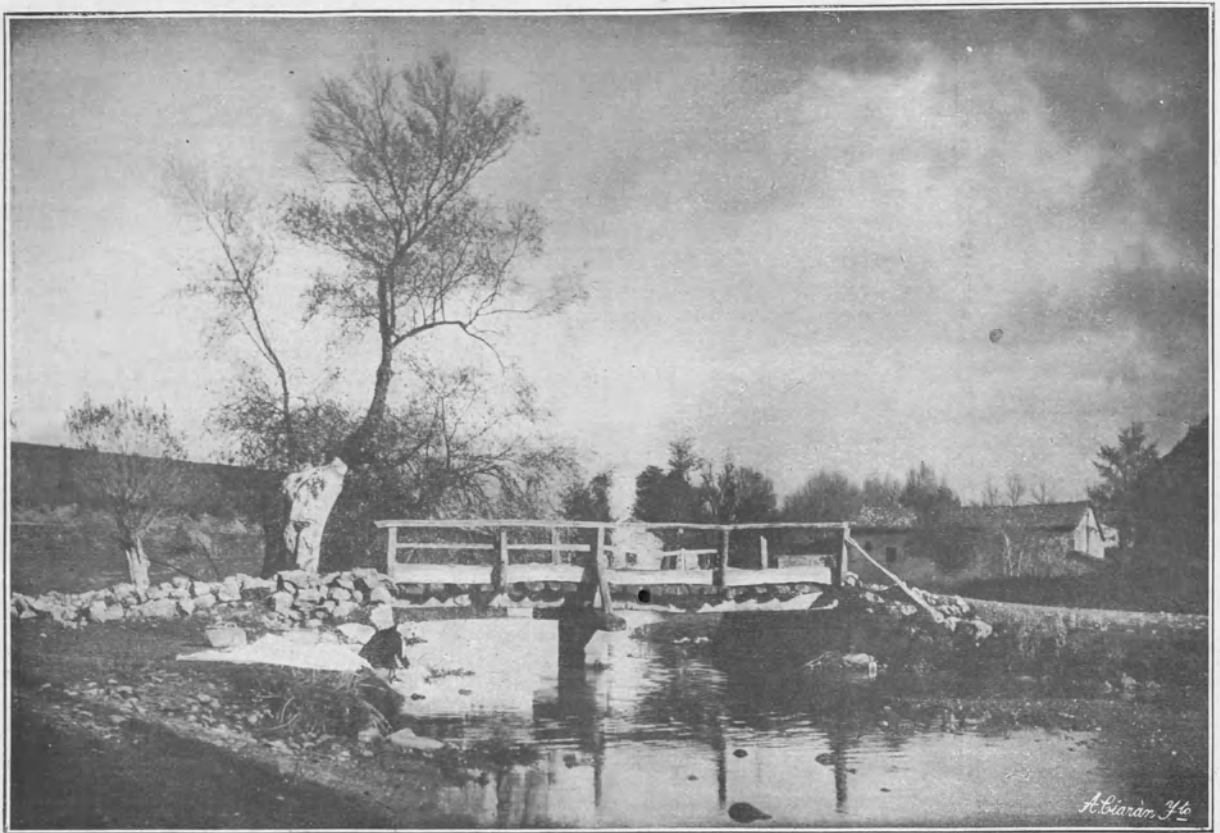
Á esa edad de la vida, placenteral...
Pero ¿quién fecundó sino el Invierno
Los campos que esmaltó la Primavera?...

JAVIER UGARTE.



GALANTERÍA Y DISCRECIÓN

Cuadro de Alonso Pérez.



PAISAJE MONTAÑÉS

por J. G. de la Puente.



H. G. van der Vliet

EN EL BAÑO

De fotografía

LA PUNTA DEL CUCHILLO

PUES, señor, que una vez había en un pueblo— que no es menester nombrar, por sí el tal nombre fuese hilo que descubriese el ovillo— un viejo avaro: uno de esos desventurados seres comidos por tan terrible mal, cuya avaricia castiga la Divina Providencia, instituyéndolos en guardadores fieles y administradores celosos de una gran fortuna, de la que no han de disfrutar jamás, antes, por lo contrario, que ella es quien se sirve de los tales, y de ellos goza, oprimiéndolos, esclavizándolos, aherrojándolos como siervos humildes rendidos al palo y al hambre, incapaces de toda rebelión, de toda protesta, del menor anhelo de independencia ni de manumisión. Seres desdichados para quienes el oro es amo y es Dios á quien sirven y á quien adoran sin atreverse á llegar á él fuera de las ceremoniosas manipulaciones del culto, sin osar tocarlo con sus pecadoras manos para nada que trascienda á proyecto propio, á su bienestar ni á su holgura, que no ya á su personal recreo ni satisfacción...

Llamábase este tal D. Lesmes, por mal nombre *el Seco*, y lo era, y tanto y tan de cuerpo y alma, que con ser éste un sarmentoso esqueleto forrado de amarillentos pergaminos, era un rollito de manteca pingüedinoso, comparado con la aridez espínosa de su espíritu.

Su historia, y nó muy limpia, tenía el hombre. Y si hemos de recordarla, por fuerza tendremos que comenzar á referirla por el fin, que es lo conocido, partiendo de ello y sobre terreno firme, á fuer de narradores veraces, y lanzándonos por las penumbras de lo dudoso hasta desaparecer en las sombras de lo ignorado.

Don Lesmes era el vampiro del pueblo, cuya sangre lo alimentaba y de cuyas linfas se nutría. Pulpo gigantesco, sus múltiples tentáculos aprisionaban al vecindario todo, y no había en él hombre ó cosa libre de las caricias de sus ventosas absorbentes ni de las desgarraduras de su acerado pico. Poderoso era *el Seco*; incontables sus caudales, incalculables sus riquezas; suyas eran, por hipoteca ó por venta, las casas y las tierras; suyos, por préstamos viles, frutos y ganados; suyos, por imperio del miedo, el pan que se come, el agua que se bebe, el aire que se respira y hasta la luz que alumbra. Había, en sus mocedades, heredado á un su tío, muerto en Indias, y los doblones de la herencia hiciéronlo subir como la espuma; que el que hereda medra, y fueron la levadura, el germen de su colosal fortuna futura. Decíase de él que había tenido amores con *la Raposa*, una pobre vieja que, con tufo de bruja, vivía en el pueblo; claro está que de esto hacía ya muchos años, cuando *el Seco* no era una momia ni *la*

Raposa una pavesa, sino mozo del molino él, y una real moza, garrida y guapa ella. De casorio llegó ya á hablarse; pero ella plantólo de pronto, negándose á maridar con él, aun á trueque de quedarse, como se quedó, para vestir santos, como *el Seco* para desnudar pecadores. Antes de esto, había sido mozo de un mesonero á quien los facciosos asesinaron para robarlo; y si el criado salvó la vida, acaso por no tener sobre qué caerse muerto, no escapó sin una buena somanta y sin el enorme susto consiguiente; pues hallósele amarrado á un pilar de la cuadra, molido á golpes y medio lelo: estado anímico que perduró en él largos días y que no le permitió jamás explicar claramente el cómo ni el cuándo del atentado. Y esto es lo más importante de la historia de D. Lesmes, exceptuando— y á propósito está hecha la cosa— un pormenor interesantísimo, y es: que el viejo verrugo no vivía solo, ni, como pudiera sospecharse, con alguna vieja manida, tan cutre como él, sino con una realísima moza, más hermosa que una onza de oro, pobre niña huérfana, sobrina del avaro, á quien éste recogió por uno de esos milagros que aun se sirve operar el cielo para demostrarnos lo infinito de su poder. Llegó el viejo á adorar con paternal amor á la muchacha, y en alguna ocasión, nueva Dalila, supo ésta cortar, ó despuntar al menos, los cabellos del Sansón sensible, dominándolo, en cuanto puede dominarse monstruo de tal naturaleza como el demonio de la avaricia, logrando de él, en favor de algún sinventura, un pequeño respiro, un plazo, una tregua, que si no le proporcionaba la imposible salvación, prolongaba su angustiosa agonía.

¿He de decir que esta moza, presunta y única heredera de las cuantiosas riquezas del viejo era el sueño dorado de todos los mozos del pueblo y aun de los pueblos todos del contorno? No; no he de decirlo; pues el único defectillo de la zagala, joven, hermosa, garrida, eran los caudales del tío; y esta mácula es de las que se perdonan fácilmente; si diré que Juan Manuel, el simpaticón hijo del médico, y un poco médico él mismo, bebía los vientos por la muchacha; y no lo digo por lo que esto tuviera de extraordinario, sino porque daba la casualidad de estar la niña loquita de remate por Juan Manuel. ¡Ay, que entre los dos, entre aquel par de rosales en flor, como formidable muralla, no menos recia que la de la China, se alzaba amenazador y fiero el odioso verrugo, segador de flores, tronizador de ramas, aserrador de troncos, extirpador de raíces de todos los rosales del mundo!.. Primero muerta quería el tacaño á su sobrina, que en brazos del matasanos aquél, capaz de embalsamarla á ella y de descuartizar al viejo para apoderarse de sus posibles... Ni con la mirada quería que se le volviese á hablar de ello.

Entristeci6se el mozo, que por fuerza queria arrancar á la moza de las garras del ogro; y angusti6se la ni6a, que preferia morir á contrariar á aquel que tanto la amaba y á cuyos paternales cuidados debia la existencia; y, como ocurre en las novelas románticas, enfermaron ambos amantes de hipocondría y de consunción, decididos á morir de amor y de pena. Creo yo que hasta llegaron á toser ya un poquito...

Entonces fué cuando intervino *la Raposa*, la pavesita aquella con tufo de bruja, á quien Juan Manuel salvó una vez la vida, libertándola de las garras de los cerriles mozos del pueblo que pretendian no menos que quemarla viva por no sé qué desaguisados atribuidos á sus prácticas hechiceras.

Una tarde, pálido y ojeroso, ensimismado y pensativo, paseaba por la orilla del río Juan Manuel, cuando de entre unas espadañas, como por escotillón en función de magia, surgió *la Raposa*. Apart6se disgustado el mozo, esquivando la presencia de la vieja, que venia á interrumpir sus hondas meditaciones; pero ésta, encarándose con él, le dijo ni más ni menos que á Santo Tomás el ángel:

—No es tan difícil como tú crees, aunque tú por imposible lo tengas...

—¿Qué es eso—contestó Romeo—que no es tan difícil?

—Aquello en que tú vas pensando.

—¿Por ventura es cierto que adivinas los pensamientos?

—Como en abierto libro leo el tuyo: en todas sus hojas hay sólo una palabra: *Daniela*; y un solo borr6n: *Don Lesmes*...

—No en balde tienes fama de bruja...

—En la que tú no crees, pues no crees en ellas... Por eso me salvaste la vida cuando aquellos viles pretendian darme á las llamas; no puedo olvidar yo tal favor como el recibido de tu mano, y por tí, sólo por tí, estoy dispuesta á ser realmente bruja unos momentos. Déjame á mí, que acaso yo pueda dominar al fiero le6n que tanto os atemoriza...

—¿Haciendo revivir viejos amores?—preguntó sonriendo el mozo.

—Con mis artes brujas, de las que también, como de nuestros viejos amores, te ríes tú.

—Menester fuera verlo para creerlo; y á fe, buena vieja, que si tal lograses habia de hacer pesarte en oro.

—Sin él he vivido hasta aquí, y no necesito de él para morirme. Pena me dais, pues veo que vais á ser las últimas víctimas de ese hombre; pero yo te prometo que si de mí os fiáis y me obedecéis en todo, tú serás de Daniela y Daniela será tuya..., ó poco he de poder. Por la virtud de un poderoso amuleto que yo te entregue lograréis cuanto deseáis. Escucha. Has de ver á tu amada, y de ella

has de obtener que te entregue el cuchillo con que en su casa se parte el pan. Si pregunta el viejo por él, contéstesele que lo alzaron los demonios, sólo esto; y tú, con el cuchillo, vendrás á verme á mi choza al filo de la media noche. Te espero...

Hízolo así el mozo, quien, no sin gran dificultad, logró vencer los escrúpulos de su novia, consiguiendo el cuchillo deseado, y con él cuidadosamente envuelto se encaminó á casa de la bruja á la hora señalada. Recibi6lo sonriente *la Raposa* y entr6lo en su chiribitil, atrancando la desvencijada puerta. En un menudo anafe encendi6 fuego, en el que introdujo la punta del cuchillo, derramando sobre las vivas ascuas puñados de aromáticas yerbas, mientras bailoteando alrededor del hornillo, pronunciaba ininteligibles palabras.

—Júrame—dijo al asombrado Juan Manuel—que cuando te cases con Daniela y los caudales del viejo sean vuestros, perdonaréis cuantas deudas halléis pendientes de cobro: recibos, pagarés, hipotecas..., cuanto pueda contribuir á aumentar con el agua de una lágrima los anchos mares que forman las que ya ha hecho derramar *el Seco*.

—¡Lo juro!—contestó el muchacho emocionado.

—¡Si así lo haces, Dios te lo premie, y si no, te lo demande!—terminó *la Raposa* con la mayor solemnidad.

Tomó el cuchillo, cuya hoja el fuego habia pavonado fileteándola de rojo, y dando un ligero golpe con él sobre una piedra, dobl6le la punta, sumergiéndolo después en el cantarillo del agua. Rebufó el candente hierro desplegando un air6n de vapor; apagado ya, lo sacó la vieja y, envolviéndolo en el pañuelo del mozo, di6selo á guardar, diciéndole:

—Este es el amuleto por el poder de Dios. Irás á ver al *Seco*; cuando estés ante él á solas sacarás el cuchillo, y con él en la mano tornarás á pedirle la de su sobrina. Te la negará de nuevo, y entonces tú le dirás estas solas palabras:

—Oye lo que te dice quien lo sabe: «Bien se puede doblar la voluntad de un hombre cuando hay golpes que doblan la punta de un cuchillo.»

Y sin más, entrégaselo y vete...

Quando *la Raposa* llegó á casa del Cura, éste, que ya la esperaba, dijole sin más rodeos:

—Vamos á ver, *Raposa*: ¿es que vas á hacerme creer en brujas? ¿De cuándo acá esto de serlo tú? ¿Qué misterio es éste? ¿Cómo has conseguido que *el Seco* se ablande y consienta en la boda de esos chicos...; y, no sólo esto, que ya es mucho, sino que dé en la locura—que locura es en él—de perdonar deudas, romper recibos, cancelar hipotecas y demás maravillas por el estilo? Juan Manuel me ha confiado que todo te lo debe á tí; jura y perjura que

eres bruja de pies á cabeza, y que el milagro lo operó un amuleto que tú le diste: un cuchillo con la punta doblada... ¿Qué quiere decir todo esto?

—Pues esto quiere decir, señor Cura,—contestó *la Raposa* con gran calma — que yo no me he equivocado en mis juicios, y que en todo ello anda la mano de Dios. Ya sabe usted que yo, en mis mocedades, fui novia del *Seco*. Lo que no sabe usted, ni lo sabe él, ni lo sabe nadie, es por qué lo dejé, negándome á la boda. Á casarnos íbamos ya cuando á poco me lo mataron los facciosos la noche que asaltaron el mesón... Cuando ya se repuso del susto y de los golpes recibidos, mis padres invitáronlo un día á comer, para arreglar de sobremesa los preparativos para nuestro casamiento... Pensativo estuvo Lesmes toda la comida, distraído, preocupado, jugueteando con el cuchillo del pan... Mi hermana, que gloria haya, niña entonces, se acercó á mí y me habló al oído... Yo solté la carajada con su ocurrencia, cosas de criaturas, y la repetí en alta voz:

«Oye, Lesmes—le dije,— mira lo que pregunta la pequeña: que si te vas á volver afilador.»

«¿Y por qué pregunta esto esa chiquilla?»

«Dice que siempre que coges el cuchillo le enderezas la punta, como si estuviera torcida, estando, como está, bien derecha...»

Nos reímos todos... Todos menos él, que enmudeció, palideciendo; bañóse en sudor su frente, y levantándose iracundo, exclamó:

«¡Esta chiquilla es una charlatana, y si no fuera mirando á Dios, la estampaba contra la pared!»

¿Verdad, señor Cura, que no había para tanto?... Callamos todos; marchóse él; y yo sentí que, de pronto, cruzaba un rayo por mi mente; y lanzando un grito de locura, dije á mis padres:

«¡No, no!... ¡Yo no me caso con ese hombre!»

Y no me casé, por más ruegos y amenazas que se pusieron en juego para hacerme cambiar de opinión, tanto por parte de él como por la de mis padres...

—Temiste su genio violento, su carácter impetuoso...

—¡Temí algo mucho peor, padre mío; temí, aunque á nadie dí cuenta de mis temores, callando como he callado hasta hoy, que casándome con Lesmes, iba á ser la mujer de un ladrón... y de un asesino!...

—¿Qué dices, *Raposa*?...

—De un asesino, padre... Usted habrá oído contar que al posadero, amo de Lesmes, lo mataron de una tremenda cuchillada en el corazón. Con tal fuerza se dió el golpe, que el cuchillo, que era de los ordinarios de cocina, después de atravesar el pecho, quedó clavado en el espinazo, de tal modo, que no se pudo arrancar de allí... por habersele doblado la punta como un anzuelo...

—¡Jesús!

—¡Desde que ocurrió lo que ocurrió en mi casa, siempre he creído que aquella puñalada la había dado *el Seco*, y que el asesino del mesonero había sido él!...

VICENTE DíEZ DE TEJADA.

M I R T O S

Amor es niño, y sus manos,
En que despierta la vida,
guardan para cada herida
Cien bálsamos soberanos.

Es muy rubio su cabello
Y es su palabra sonrisa,
Y es su aliento como brisa
Que acaricia nuestro cuello.

Y en la roca
Del desdén y del olvido,
Siempre que pone su boca
Un alma suspira loca:
Loca de amor, porque toca
Con el fuego que sofoca
Dichas y ensueños de nido.

Amor es pajaritero,
Y entre sus manos floridas
Sangra y queda prisionero
El calor de muchas vidas.

¡Carcelero,
¡Rapaz, traidor y tirano!
La suerte del mundo entero
Está en tu mano.
Sé con mi afán compasivo:
Señala mi derrotero,
Que yo quiero
De la vida en el sendero
Morir siendo tu cautivo
Y en tí revivir si muero.

RODOLFO GIL.

LA PIANOLA



Opinión del célebre tenor Macnez.

Ebbi occasione di visitare il magnifico Salone Aeolian di proprietà del Sr. Campos il quale volle gentilmente accompagnarmi al piano una romanza per mezzo della famosa Pianola -

La mia sorpresa fu grande nel riscontrare che detto congegno meccanico potesse imitare perfetto accompagnamento anche guidato da persona che non sappia di musica. Un bambino può indovinar senza alcuna difficoltà e naturalezza il suono perfetto. Per questo mi compiacqui rilanciare questa mia dichiarazione al Sr. Campos con auguri di affari.

Umberto Macnez

TRADUCCIÓN

Tuve ocasión de visitar el magnífico **Salón Aeolian**, propiedad del Sr. Campos, el cual, con su amabilidad acostumbrada, quiso acompañarme al Piano una Romanza con la famosa **Pianola**.

Mi sorpresa fué grande al conocer que dicha concepción mecánica pudiese producir un perfecto acompañamiento, aunque éste sea producido por persona que no sepa música.

Un niño puede sobresalir en el manejo de este instrumento, sin ninguna dificultad, y aparecer como un pianista perfecto.

Por esta razón me complazco en expresar esta declaración mía, ofreciéndosela al señor R. Campos con augurios de grandes éxitos en sus negocios.

UMBERTO MACNEZ.

SALÓN

PROVEEDOR DE

PAVON

R. CAMPOS



AEOLIAN

LA REAL CASA

AEOLIAN

Nicolás María Rivero, II.-MADRID

Servicios de la COMPAÑÍA

TRASATLÁNTICA



Vapor «Reina Victoria Eugenia», de nuestra Compañía.

Línea de Buenos Aires.—Servicio mensual, saliendo de Barcelona, Málaga y Cádiz, directamente para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso, desde Buenos Aires y Montevideo, directamente para Canarias, Cádiz y Barcelona. Combinación, por transbordo en Cádiz, con los puertos de Galicia y Norte de España.

Línea de New-York-Cuba-Méjico.—Servicio mensual, saliendo de Génova, Nápoles, Barcelona, Málaga y Cádiz, directamente para New-York, Habana, Veracruz y Puerto Méjico. Regreso de Veracruz y Habana, directamente para New-York, Cádiz, Barcelona y Génova. Se admite pasaje y carga para puertos del Pacífico, con transbordo en Puerto Méjico, así como para Tampico, con transbordo en Veracruz.

Línea de Cuba-Méjico.—Servicio mensual á Habana, Veracruz y Tampico, saliendo de Bilbao, Santander, Gijón y Coruña, directamente para Habana, Veracruz y Tampico. Salidas de Tampico, Veracruz y Habana, directamente para Coruña y Santander. Se admite pasaje y carga para Costafirme y Pacífico, con transbordo en Habana al vapor de la línea de Venezuela-Colombia.

Para este servicio rigen rebajas especiales en pasajes de ida y vuelta, y también precios convencionales para camarotes de lujo.

Línea de Venezuela-Colombia.—Servicio mensual, saliendo de Barcelona, Valencia, Málaga y Cádiz, directamente para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Puerto Plata (facultativa), Habana, Puerto Limón y Colón, de donde salen los vapores para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, etc. Se admite pasaje y carga para Veracruz y Tampico, con transbordo en Habana. Combina por el ferrocarril de Panamá con las Compañías de Navegación del Pacífico, para cuyos puertos admite pasaje y carga con billetes y conocimientos directos. También carga para Maracaibo y Coro, con transbordo en Curaçao, y para Cumaná, Carúpano y Trinidad, con transbordo en Puerto Cabello.

Línea de Filipinas.—Trece viajes anuales, arrancando de Liverpool y haciendo las escalas de Coruña, Vigo, Lisboa, Cádiz, Cartagena, Valencia, para salir de Barcelona cada cuatro semanas directamente para Port-Said, Suez, Colombo, Singapur, Ilo-Ilo y Manila. Salidas de Manila cada cuatro semanas, asimismo, directamente para Singapur y demás escalas intermedias que á la ida, hasta Barcelona, prosiguiendo el viaje para Cádiz, Lisboa, Santander y Liverpool. Servicio por transbordo para y de los puertos de la Costa oriental de Africa, de la India, Java, Sumatra, China, Japón y Australia.

Línea de Fernando Póo.—Servicio mensual, saliendo de Barcelona, Valencia, Alicante y Cádiz, directamente para Tánger, Casablanca, Mazagán, Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de África.

Regreso de Fernando Póo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo; servicios por líneas regulares. La Empresa puede asegurar las mercancías que se embarquen en sus buques.

AVISOS IMPORTANTES.—Rebajas en los fletes de exportación.—La Compañía hace rebajas de 30 % en los fletes de determinados artículos, de acuerdo con las vigentes disposiciones para el servicio de Comunicaciones Marítimas.

SERVICIOS COMERCIALES.—La Sección que de estos servicios tiene establecida la Compañía se encarga de trabajar en Ultramar los Muestrarios que le sean entregados, y de la colocación de los artículos cuya venta, como ensayo, deseen hacer los exportadores.

LA MODA ELEGANTE



(Modelos Green.)

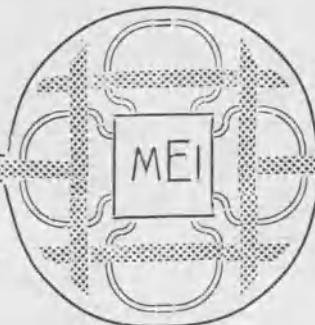
ÚLTIMAS NOVEDADES DE PARÍS

Fotografías de Henri Manuel. — PARIS

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

PERIÓDICO ESPECIAL
DE SEÑORAS Y SEÑORITAS

SE PUBLICA LOS DÍAS
6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES



AÑO LXXIII

AÑO LXXIII

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EN MADRID

EDICIÓN DE LUJO
(Única completa)

Un año	36	pesetas.
Seis meses	18	»
Tres meses	9	»
Un mes	3	»

EDICIONES ECONÓMICAS

SEGUNDA EDICIÓN

Un año	24	pesetas.
Seis meses	12	»
Tres meses	6	»
Un mes	2	»

TERCERA EDICIÓN

Un año	18	pesetas.
Seis meses	9	»
Tres meses	4,50	»
Un mes	1,50	»

CUARTA EDICIÓN

Un año	12	pesetas.
Seis meses	6	»
Tres meses	3	»
Un mes	1	»

EN PROVINCIAS

EDICIÓN DE LUJO
(Única completa.)

Un año	40	pesetas.
Seis meses	21	»
Tres meses	11	»

EDICIONES ECONÓMICAS

(Sólo para España y Portugal)

SEGUNDA EDICIÓN

Un año	24	pesetas.
Seis meses	12	»
Tres meses	8	»

TERCERA EDICIÓN

Un año	18	pesetas.
Seis meses	9	»
Tres meses	5	»

CUARTA EDICIÓN

Un año	14	pesetas.
Seis meses	7	»
Tres meses	4	»

DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año, 50 francos.—Seis meses, 26.—Tres meses, 14.

En PORTUGAL rigen los mismos precios que en provincias, á razón de 180 reis por peseta.

Las subscripciones deberán empezar precisamente desde 1.º de cualquier mes.
Tanto de *La Moda Elegante Ilustrada* como la *La Ilustración Española y Americana*, se facilitan números de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

Administración: Preciados, 46, Madrid.



MARIANO
FELEZ =

Mariano Felez